

**Salvá y Hormaechea, Melchor**

**Discursos leídos ante la Real Academia de  
Ciencias Morales y Políticas en la recepción  
pública de D. Melchor Salvá el martes 29 de junio  
de 1880**

Madrid : Imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro,  
1880.

Signatura: 23659

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



44  
7-9

DISCURSOS

LEIDOS

ANTE LA REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE D. MELCHOR SALVÁ

EL MÁRTES 29 DE JUNIO DE 1880.

641

MADRID.

IMPRESA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEBO,  
*Bordadores, 40.*

1880.











T-9





23659

BANCODE ESPAÑA  
Eurosisistema

BIBLIOTECA



23659

DISCURSOS  
LEIDOS  
ANTE LA REAL ACADEMIA  
DE  
CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
EN LA RECEPCION PÚBLICA  
DE D. MELCHOR SALVÀ

EL MÁRTES 29 DE JUNIO DE 1880.



MADRID.

IMPRENTA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEbro,  
*Bordadores*, 40.

—  
1880.

DISCURSO

ANTE LA REAL ACADEMIA

CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

EL INGENIERO D. SALVA

MADRID



DISCURSO

DE

D. MELCHOR SALVÁ.

## DISCURSO

### DE MELCHOR ZALYA

---

## SEÑORES :

Los que han emprendido desde sus primeros años el difícil y penoso aprendizaje de la ciencia, los que intentan cultivarla con ménos éxito que perseverancia, los que temerosos de las graves responsabilidades que la cercan, de los peligros que es menester afrontar de incurrir en monstruosos errores, sienten más bien desaliento que animoso vigor, más bien tristeza que la inspiracion de halagüeñas esperanzas, nunca pueden imaginar, ni concebir, sino como se conciben los sueños, que llegará un dia en que esta Real Academia les conceda un sitio y lugar entre sus doctos é ilustres varones. La miran con profundo respeto, están habituados á estimar en mucho sus Memorias que derraman viva luz sobre las más árduas cuestiones de las ciencias morales y políticas, los discursos y obras de sus individuos, dignos de la más grande atencion y el más detenido estudio, y los escritos que con su favor y con sus premios alienta y promueve, alguno famoso ya, alguno primer origen y causa de leyes importantes, á ver en sus miembros los más grandes títulos á la admiracion y al aplauso, y en el silencio del estudio y de las reflexivas interrupciones del espíritu, por el que surgen y vagan libres



y aladas las ideas, se dicen hablando consigo mismos: *No llegaremos allí.*

Bien es cierto que para todos los señores Académicos habrá sido el sitio que ocupan premio de grandes talentos, galardón de largos y provechosos afanes, y lauro merecido al concurso que fueron bastante felices para prestar á la difusión en nuestra patria de las ciencias morales y políticas; yo, ménos afortunado, no puedo juzgar la honra inesperada que se me dispensa, más que como una prueba indudable de que esta ilustre corporación quiere que los hombres estudiosos entiendan que está dispuesta á dar recompensas con pródiga mano, á los que por afición y por deber consagran su vida á alguna de las ramas del humano saber, objeto de los esfuerzos y vigiliias de esta Real Academia; y como estímulo é incentivo tan importantes, que han de ser parte en lo por venir, para que otros revistan su ánimo de aquel saludable vigor, de aquellos nobles afectos que se requieren para caminar con lento paso y obtener muy de tarde en tarde, alguno de los dorados frutos que se hallan en el dominio de la sabiduría. El ingenio es dón del cielo; hijo de ventura y no término á que se llegue con arte ó con industria; gracia y privilegio que jamás ha de reducir á la nada ley alguna: nó acontece lo mismo con los dónes del trabajo; se encuentran á merced de las inteligencias vulgares y se obtienen con el poder de la voluntad. Estimando en poco los que haya podido lograr de lo pasado, todavía con enérgico impulso me será lícito prometer para lo venidero los que puedan nacer en la edad madura, de nuevas y dilatadas horas de inquietas y dudosas contemplaciones, de amargas y estériles tentativas, de delicadas y fugaces alegrías, de austeros placeres, de todo aquello, en fin, que suele ser inherente á la vida intelectual. Promesa que con valer tan escaso como es el suyo, es lo único que me cabe hacer si

he de manifestar en esta ocasion y en este momento, para mí tan grandes, tan inolvidables, la profunda gratitud que siente mi alma, que se agita por el imperio de opuestos y apasionados movimientos; el temor de hablar ante vosotros; la esperanza, el gozo y ese vago presentir que son propios de todos los instantes de ventura; quizá recuerdos de personas amadas que hoy no nos alentarán con su mirada, ni han de regocijarse por esa gloriosa insignia que vais á colocar en nuestro cuello; flaqueza del que es desigual y carece de dotes para sobrellevar el peso de tan insigne honor... Mi gratitud descuella y prevalece en ese indicado surgir y hermanarse de mis afectos, y de un modo sencillo, que es como mejor se expresa, á vosotros, señores Académicos, he de declararla y encarecerla.

Vuestra benevolencia me llama á ocupar el puesto de un varon ilustre por sus talentos, por su acendrado saber, por su influjo en la pública enseñanza, por su importante carrera administrativa y por los títulos que había obtenido de las corporaciones sabias; de D. Pedro Sabau y Larroya. Consagrado desde su juventud á prolongados y difíciles estudios, llegó á ser grande su erudicion en las ciencias históricas y jurídicas; catedrático de la Universidad Central se distinguió bien pronto en una de las materias de más árdua exposicion y que sin profundos conocimientos no es posible tratar como no sea de un modo superficial y censurable, en la filosofia del derecho y el derecho internacional; en aquella cátedra tuve yo la fortuna de oirle en dos años distintos, y admiré muchas veces el acierto, orden, lucidez y hasta la que nos atrevemos á llamar solemne y hábil sencillez de sus oraciones; poseía en alto grado la cualidad de expresarse con la mayor correccion, lo que hacía se le oyese sin esfuerzo y con suma atencion. Grave, sin vehemencia, sin movimientos rápi-



dos y apasionados , dilucidando los temas en que otros se hubieran perdido en vagas abstracciones , de tal suerte que se hubiera creído no le costaban esfuerzo alguno , envuelto en los pliegues de la flotante toga que daba mayor realce al respeto que infundía y como cierto sello antiguo á su figura , asemejábase á los filósofos y sabios de que hablaba; mejor dicho , parecía alguno de ellos que tomaba cuerpo y forma humana otra vez , por misterioso conjuro , y tornaba al exámen de las teorías para él más gratas é importantes. En el primer cuerpo docente desempeñó los cargos de Rector y Decano de la Facultad de Derecho; después fué llamado á entender en los nada fáciles y escabrosos asuntos de la administracion del Reino, como Director de Instrucción pública primero, y como Consejero de Estado más tarde. Refiérese que en todas ocasiones dió pruebas repetidas de la perspicacia de su espíritu, de su conocimiento de los hombres y de aquella singular facilidad que le era propia para desentrañar entre los confusos detalles y cuestiones secundarias, la sustancial y de más trascendencia. Nombróle la Real Academia de la Historia su Secretario perpétuo, y ésta de Ciencias morales y políticas, Censor en 12 de Abril de 1859, y mereció la honra, grande en verdad, de ser reelegido siete veces. Tal era D. Pedro Sabau, y tan grandes alabanzas merecía: docto y nunca olvidado maestro, varon de tanta doctrina, ¡quién fuera bastante feliz para emular en este sitio sus dotes, y lograr la estimacion que se le otorgára!

---

Intento no sin grave temor y suma desconfianza, desenvolver un tema interesante, nuevo, y en cuyo estudio y exámen creo , quizá engañándome, que ha de ser hacedero ya que no fácil , conseguir valiosos y apetecibles re-



sultados: me refiero á *la expresion de las ideas económicas en la literatura*, dando al último vocablo cierta latitud, á fin de comprender la filosofía.

Es la literatura la manifestacion más bella, más general y más vaga del espíritu humano; en armonía con los inquietos deseos, con los ideales que ama, con el grado de cultura y desarrollo de cada época y de cada pueblo, en ella hemos de hallar el reflejo fiel, la huella luminosa, la delicada y movable expresion de lo que han sentido y pensado los hombres que no viven. ¿Nos atreveremos á esperar que las ideas y los intereses económicos ocupen alguna parte, más ó ménos extensa, en las páginas ardientes ó profundas de los poetas, los historiadores y los filósofos?

En nuestros días no basta estudiar y difundir una ciencia en sí misma, en su peculiar dominio, en su propio y sucesivo desenvolvimiento: no es posible sin notorio peligro prescindir de sus relaciones, de su influencia, y hasta de las ajenas doctrinas que contradice, que por su causa se ponen en duda, ó cuyo valor y eficacia se niegan quizá por los mismos en cuyo ánimo ántes imperaban. Nuestro siglo que cultiva con tanto afán los estudios históricos y filosóficos así lo exige; que fuera imposible, caminando por opuesta senda, juzgar los hechos y los principios con aquella alteza de miras, con aquella perspicua reflexion, con aquel espíritu que no se deja arrastrar por el atractivo de los asuntos que analíticamente se examinan, por el ardor de la investigacion reducida á estrechos límites, ó por el riesgo y el azar de resolver las cuestiones sociales con el auxilio de una sola ciencia. En mi sentir, será provechoso hasta el extremo que los que estiman en su justo valor las admirables doctrinas de la economía política, procuren tener en cuenta cuán felizmente robustecen y dan calor y aliento á la teoría formulada en un conjunto

ordenado, sistemático y en cierto modo nuevo cien años há, las otras ciencias destinadas á realizar los mismos ó semejantes fines. Si no puede afirmarse que en general la literatura se halle en contacto más ó ménos íntimo, tenga nexos y vínculos estrechos con la economía política, creemos que llevaría al ánimo más profunda convicción, que suministraría valiosas pruebas de la excelencia de las ideas fundamentales que en la misma se atesoran, y sería como una espléndida corona de esa vírgen austera y melancólica, pero cuyo áspero trabajo se encamina al logro de tan alta empresa como es proporcionar á la poblacion más numerosa los medios más fáciles y abundantes de existencia y bienestar, si acertásemos á poner en claro y demostrar cumplidamente que el origen, las líneas primeras y elementales, las ideas madres unas veces, audaces investigadoras otras en la esfera del espíritu, no siempre justas, ni merecedoras de aplauso, que han servido para formular y ofrecer á nuestra contemplacion un todo armónico que se llama economía política, en la literatura se descubren con alguna atencion y esfuerzo: si en alguna ocasion hallamos divergencia ó contradicción entre los autores de la una y de la otra, ó si por ventura la poesía y la historia callan en puntos importantes del órden económico, tendrémós que confesar, ó que el mayor número no admite todavía la enseñanza científica, ó que acaso ese silencio, ese antagonismo, son elocuentes acusadores de la necesidad de establecer nuevas doctrinas ó de ampliar y dar más extension y un carácter más social y ménos abstracto á las controvertidas por los sabios. No se juzgue, ni se estime que esa expresion bellísima y por todo extremo grata de las ideas económicas en la literatura, se limita y reduce al linaje de conocimientos en que nosotros fijamos la atención y paramos miéntes; creemos, por el contrario, que se estiende y dilata á todas las morales y políti-



cas, y aún sospechamos que en la marcha y progreso del espíritu humano debe ser ley universal la unidad de concepto en lo que ha de estimarse como fundamental para el cumplimiento de los destinos gloriosos y medio velados todavía, que en la edad moderna parece llamado á cumplir, desde el punto y hora en que pueda verse libre de determinadas y pasajeras inducciones y extravíos que embarazan y oponen obstáculos á esos progresos de que hacemos sumaria referencia.

No es ajeno á nuestro modo de pensar el vivo deseo de contribuir á que se rectifique el juicio de aquéllos que no ven en la ciencia de Adam Smith y de Say más que peligrosas y hasta poco más de una centuria nunca oídas abstracciones, descendidas del cielo de una abstrusa y vaga filosofía al calor de la deshecha borrasca que surgió del temeroso seno de terrible y fiera revolucion, en 1791. Cierto que en las obras de aquellos ilustres autores no es difícil sorprender la cuna de hondas transformaciones y provechosos cambios en la vida civil; pero no sería cuerdo imaginar que sucesos de tanta importancia puedan verificarse sin estar preparados por la meditacion y las inspiraciones de los pensadores. Afirmando de esta suerte que la ciencia económica no ha nacido en términos absolutos de la mente singular y extraordinaria del filósofo de Kirkaldy, no queremos decir en modo alguno que en su desenvolvimiento y modo de ser actual, la economía política aparezca revestida de su propio carácter en las obras de los poetas, los historiadores y los moralistas: es llano que el exámen de un tema ú objeto de trascendencia suma para la suerte y lo por venir de los hombres, que el enlazar y unir los eslabones de oro de la teoría, que la solícita y gozosa deducción de las consecuencias lógicas que de la misma se desprenden, en una palabra, que todo aquello que constituye una ciencia en el sentido estricto del voca-

blo, no ha de buscarse en los escritos que acabamos de mencionar; basta que la primera centella del ingenio que hiere é ilumina las nacientes ideas, que la raiz ó primer gérmen de las doctrinas, y tambien que la creacion de una serie de razonamientos que sustancialmente las contienen, se encuentren en la literatura, para que resalten de súbito y reconozcamos la autoridad y el realce que de semejante abolengo unas veces, y consorcio otras, recibe la ciencia económica.

Permítasenos creer asimismo, que de la comunicacion y relaciones con las obras literarias de los principios económicos podemos prometernos refrescar el ánimo fatigado é inquieto con las penosas y tristes investigaciones que de ordinario requieren, y revisten de oscuros colores y de formas amenazadoras y sombrías las cuestiones del salario ó del impuesto, de las crisis industriales ó de la poblacion. Los que no somos partidarios de la sequedad y rigorismo del método matemático; los que nos complacemos en la amplitud, en la imparcialidad y en las concesiones que hace el método histórico al espíritu, tendencias y costumbres de cada época; los que en el sistema de los *Katheder-socialisten* notamos mucho que aprender, y patente y manifiesta la necesidad moral de reformar ó llevar por caminos poco trillados todavía las teorías económicas, y refrenar con mano firme y vigorosa á los adeptos de la ciencia, que arrastrados por el ardor de las abstracciones que seducen nuestro espíritu á la manera que los tranquilos y misteriosos bosques cubiertos de hojas y de flores en la primavera, olvidan ó tienen en poco las enseñanzas y el concurso de la política, el derecho, la historia y la filosofía del derecho, inclinamos gozosos nuestra cabeza para recoger las cristalinas aguas de los preciados veneros que se desprenden sin más ruido que el de la gloria, de la lira del poeta, la pluma de bronce del historiador ó la voz



austera y solemne del filósofo, y como los antiguos atletas, después de bañar nuestros miembros para la lucha suprema que exigen los tiempos en que vivimos, nos será dable defender con nuevo y enérgico impulso la causa coronada por los perpétuos resplandores de *la verdad, la belleza y la justicia*, es decir, vuestra causa, señores Académicos, que es nuestro deber desde el punto en que nos permitis entrar por esas puertas que difícilmente se franquean, y que si se salvan, como por dicha hoy nos sucede, es con la frente pálida y agitado el pecho por varios, ya nobles, ya humildes sentimientos.

## I.

El hombre siente necesidades que corresponden á su doble naturaleza espiritual y material; sin satisfacer algunas de ellas no puede conservar su vida; sin llegar á los términos que un gran número exigen no lograría alcanzar cierto grado de cultura: como los deseos, que con cuerpo de llamas y voz de halagos y esperanza, sin cesar cruzan por nuestra alma, las necesidades nacen y renacen sin tregua y sin reposo, móviles potentes de la actividad humana. En ellas ve la ciencia económica el punto inicial de toda industria. La abundancia y la paz hacen á los hombres cobardes, dice Shakespeare; el valor ha sido siempre hijo de la necesidad (1). La necesidad obliga á los pueblos á ser industriosos, escribe Maquiavelo, y la virtud no ejerce su imperio más que allí donde el trabajo nace de la

---

(1) *Cimbelino*, acto III, esc. VI.

necesidad (1). Pensaban los antiguos de manera muy diversa que los modernos, acerca del juicio que debe formularse sobre favorecer nuestra aspiracion á los placeres y riquezas. Hesiodo cree que los hombres se arrojan á los peligros del mar por necesidad, puesto que las riquezas son el alma para los míseros mortales (2) : Sócrates estima que la mayor fortuna no es madre de la felicidad sin que el hombre sea justo (3) : Horacio, como siempre, en versos admirables, nos advierte :

*Latius regnes avidum domando  
Spiritus, quàm si Lybiam remotis  
Gadibus jungas, et uterque Pœnus  
Serviat uni (4).*

En nuestros dias, muchos opinan como Nelson, que la falta de fortuna es un crimen que no se puede perdonar, pero si Goethe, en la segunda parte del Fausto describe la eficacia que tiene la posesion de los bienes materiales para el logro de los deseos culpables, si los economistas no intentan en lo más mínimo, que las necesidades se disminuyan, sino que en virtud de las aplicaciones de la ciencia y del trabajo se acrecienta la suma de las cosas útiles, como afirma Aristóteles al decir que á medida que la civilizacion se extiende, un número mayor de bienes participa de esta cualidad (5), no dudemos que en el término de esa perpétua progresion nos asemejaríamos á un avaro, y entónces sucedería lo que ha predicho Tocqueville : « Si los hombres llegasen en algun tiempo á contentarse con los bienes materiales es de creer que perderían poco

(1) *Discursos sobre Tito Livio*, lib. I, cap. 3.

(2) *Las obras y los dias*, 346.

(3) *Económicos*, II.

(4) *Odas*, II.

(5) *Política* ; I, p. 6.



á poco el arte de producirlos, y que concluirían por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso (1). » Para dar al olvido las leyes morales, fuera preferible seguir á César cuando afirma que el género humano vive con poco (2).

Discuten famosos autores de la ciencia económica, sobre si la utilidad de todo cuanto puede satisfacer nuestras necesidades existe en la misma naturaleza de las cosas, ó se determina por la inteligencia y la voluntad del hombre. En las obras literarias vemos que se prefiere la segunda opinion. Refiere Niebuhr que un árabe tomó parte en el robo de una caravana y se apoderó de una caja de perlas: creyendo que eran arroz, las dió á su mujer para que preparase lo que tenía valor á sus ojos como un manjar, y al cerciorarse de su engaño las arrojó por tierra (3). El mismo pensamiento expresa D. Luis Rivera en la siguiente poesía:

PERLAS Y AVELLANAS.

Muley Hazem por el desierto cruza,  
 Rojas las nubes son, fuego la arena,  
 Y muerto de hambre y de fatiga el moro  
     Junto á una palma llega.  
 Restos de alguna caravana errante  
 Que por allí pasó, loco contempla,  
 Y algo que alivie el torcedor del hambre  
     Busca y no encuentra.  
 En torno gira los ardientes ojos,  
 Descubre un saco, rápido lo observa,  
 Y creyéndolo lleno de avellanas  
     A desatarlo empieza.  
 ¡Alá es grande! decía, y cuando el fruto  
 Que él esperaba, por el suelo rueda,  
 Exclamó con dolor:—¡No hay avellanas!  
     ¡Sólo son perlas!

(1) *De la dem. en Amér.*, tomo III.

(2) *De bell. gall.*, I.

(3) *Viaje de Arabia*, pág. 383.

Shakespeare escribe: «¡lo que es la necesidad! Nos hace estimar como preciosas las cosas más viles (1).»

La distincion del valor en uso y del valor en cambio ha sido expuesta de un modo magistral por Aristóteles. El calzado, segun este filósofo, puede servir para cubrir el pié y para hacer un cambio: el primero de estos valores es propio del objeto: el segundo no lo es. El que permuta calzado por dinero ó alimentos de que otro tiene necesidad emplea bien aquel producto como tal calzado, pero no segun su peculiar utilidad, porque no se había creado para (2) el cambio. ¡Oh ignorantes! exclama Hesiodo, por los hombres que desdeñan la naturaleza; ¡no saben cuánto es más la mitad que el todo, y cuán grande utilidad se halla en la malva y el gamon! (3).

Para Shakespeare, el valor depende del precio. Póstumo dice en el drama Cimbelino: «Yo la elegí (á Imogene) teniendo en cuenta el valor que para mí representaba; y hago otro tanto con respecto á este diamante... Uno de esos dos objetos (el diamante), puede ser vendido, si es que en el mundo hay álguien bastante rico para comprarlo.» Joaquin responde en la misma obra: «Ofrezco apostar la mitad de mi fortuna contra vuestro diamante, por más que en mi concepto sea estimar en un precio excesivamente elevado el valor de esa joya (4).» Como se ve por estas citas, la idea que nos ocupa en este momento aparece completa; notemos la progresion con que en ellas se señala; un objeto nos sirve segun su índole y caracteres; no es natural, pero cabe trocarlo por otros para prestar servicio á un tercero; su valor se determina y aquilata por

(1) *El rey Lear*, acto III, esc. II.

(2) *Política*, lib. I, cap. III, pág. 11.

(3) *Hesiodi opera. Edidit F. S. Lehrs*; Paris, Didot, 1840, pág. 31.

(4) *Cimbelino*, acto I, esc. V.



las cosas que en el cambio se nos conceden. La economía política no ha ido más léjos; son pocos, bien que los más profundos, aquéllos autores que entienden por valor la capacidad que tiene una cosa de ser cambiada, en lato sentido, la facultad genérica de proporcionarnos otras que necesitamos en mayor grado; para el mayor número es simplemente una condicion que sólo existe realmente en el acto de la permuta y que se mide y regula por los productos que en el mismo se nos ceden y otorgan.

La riqueza es el objeto de la ciencia económica. Ha tenido y tiene en el mundo bastante importancia para que escritores célebres nos hayan trasmitido la idea que se habían formado de un elemento, fuerza y poder de este linaje.—Para Sócrates el estudio importante acerca de la fortuna es el de su relacion con las necesidades de aquél que la posee; Platon, al contrario, se fija en los bienes que poseemos en mayor suma que los demás (1). Jenofonte se expresa del modo siguiente: «Llamo bien lo que sirve para el uso de cada uno, pues las cosas que dañan más sirven de detrimento que de riquezas.—Son riquezas para aquél que sabe usarlas, no lo son para el ignorante. Las trompetas que no sabemos tocar no se estiman como bienes, porque no son útiles para cosa alguna, á no ser que se vendan, en cuyo caso vuelven á tener aquel carácter.—Pareces decir, continúa el escritor griego, que ni la plata es riqueza para el que no sabe usarla.—Confesarás conmigo que sólo puede darse aquel nombre á los objetos de que puede sacarse alguna utilidad (2).» Ciceron enseña que el fruto de las riquezas está en la abundancia: y ésta se indica por la saciedad de todas las cosas; se miden por lo

---

(1) JENOFONTE: *Memorabilia*, IV, pág. 2 y 37.—PLATON: *Legg.*, pág. 742 y siguientes.

(2) *Económicos*, I.

que nos basta (1). Estima Dudley North que ser rico es no verse obligado á sufrir privaciones y poseer muchas cosas agradables (2). Davenant opina que es riqueza todo lo que proporciona al soberano y al pueblo abundancia, reposo y seguridad (3). Saavedra Fajardo es de parecer que los principales bienes y riquezas son los frutos de la tierra, y las minas no son más ricas que la agricultura (4). Bravo Lagunas observa, que todo lo que el arte añade á la naturaleza no produce sino riquezas de contrato sujetas á las mutaciones de los tiempos y á los caprichos de los usos (5). De suerte y manera que, en sentir de los sabios cuyo dictámen apuntamos, los bienes serán cuanto el hombre sabe usar ó que puede enajenarse, cuanto es agradable á sus ojos y aleja la privacion, cuanto puede darle paz y descanso. ¿No son éstas, señores Académicos, ideas claras, generales y de bastante amplitud y filosofía, para que por fácil transicion hayan escrito los economistas que es *riqueza todo objeto que tiene utilidad y valor*? ¿Y no es muy de notar que entre esas diversas apreciaciones no hallemos una sola de la que pueda deducirse que el oro y la plata constituyen la única riqueza, ó bien los frutos de la tierra y el producto neto de la agricultura, como imaginaron los adeptos del sistema mercantil y de la escuela fisiocrática? ¿No será cierto que tornando los ojos á la antigüedad clásica y á los eruditos escritores del siglo XVII, desatándose la ciencia de los lazos de los sistemas exclusivos que se fundaban en un falso concepto de la materia sometida á su jurisdiccion,

---

(1) *Obras publicadas* por Nisard, tomo I, pág. 552.

(2) *Discursos*, 1691.

(3) *Obras*, I, pág. 381.

(4) *Empresas políticas*, Emp. 69.

(5) *Voto consultivo*, pág. 7.



era dable prometerse rápidos y no interrumpidos progresos?

Para producir el hombre no tiene más que un medio, mover los elementos y pequeñas partes del mundo exterior; esto enseñan los tratadistas de economía política, pensamiento de Bacon, el que nos advierte: *Ad opera nihil aliud potest homo quam ut corpora naturalia admoveat et amoveat; reliqua natura intus transigit* (1).

La más grande, la más importante, la más noble de las fuerzas productivas es el trabajo, porque ella es la única inteligente, y de ella surge la belleza, la dirección y los designios que en las demás imprime y realiza. Suplicio y amargura, fogoso corcel que nos fatiga y nos arrastra, nos eleva y deja correr por el camino de las maravillosas empresas y de los soñados planes de lo por venir, corona de oro y de hierro, que tiene el misterioso poder de calmar las tempestades del alma y ser como el símbolo y el cetro de nuestro dominio sobre la naturaleza rebelde. La virtud y excelencia de nuestros afanes han sido puestas de relieve por los maestros de la poesía y de la historia antes y mejor que Adam Smith.

Acuérdate de nuestro precepto, dice Hesiodo, y trabaja, Persa, para que te odie el hambre y te ame Ceres coronada y hermosa. Con el trabajo se hacen los hombres opulentos y ricos en ganados; los inmortales profesan afecto á los hombres laboriosos; de ellos son las riquezas, á las que acompaña la virtud y la gloria (2). Los dioses venden todos los bienes á cambio de trabajo, bella sentencia que atribuye al viejo Epicarmo Jenofonte, en las *Memorabilia Socratis* (3). Todo lo vence el áspero trabajo y la

---

(1) *De augmentis scientiarum*, lib. II, c. 2.

(2) *Las obras y los días*, pág. 36, v. 303 y 309.

(3) *Memorabilia Socratis*, II, 1.

necesidad que nos espolea en los negocios que fatigan, exclama Virgilio (1). Schiller escribe : «El trabajo es el honor del ciudadano , la prosperidad es [la recompensa del trabajo. Si el Rey se honra con su dignidad, nosotros nos honramos con nuestro trabajo (2)» Amor del trabajo , dice el poeta alemán en otra de sus celebradas composiciones, que no se cansa nunca, que produce lentamente , pero sin intermision ; que en verdad no aporta para el eterno edificio , más que un grano de arena tras un grano de arena, pero que borra la gran deuda del tiempo, los minutos, los dias y los años (3).

Hé aquí los versos de Víctor Hugo al mismo tema :

Déjate aconsejar por esa aguja  
Que siempre en voz muy baja  
«Trabaja, está diciéndote, trabaja!»  
Al trabajo le dió el Omnipotente  
Dos hijas, que se adoran con ternura;  
La virtud casta y pura,  
Que la dulce alegría santifica :  
La alegría inocente  
Que la virtud austera dulcifica (4).

Qué sencillo y qué elocuente es el final de *Magdalena*, la obra laureada en la que Julio Sandeau ha descrito con tanto ingenio la regeneracion por la labor de nuestras manos : «Amigo mio , asegura la heroína de esa novela, no es á mí á quien debeis dar gracias ; no he hecho más que indicaros el camino por donde debiais ir. El trabajo es el que debe ser bendecido ; por él habeis recobrado la juventud, el amor y la felicidad (5).» Por fin apuntarém

(1) *Geórgicas*, v. 144 y sig.

(2) *Poesías*. El canto de la campana.

(3) *Poesías*. El ideal.

(4) *Los rayos y las sombras*, IV. Traducción de T. Llorente, pág. 41.

(5) *Magdalena*, pág. 288.



los últimos acentos de la poesía que D. Leopoldo Parejo ha dedicado al asunto que ahora examinamos :

Ya del trabajo la virtud me llama ,  
Quién á su voz , tan llena de armonía ,  
Sordo será? Quién se resiste?... Nó :  
Tuya es mi bendicion , tuya es mi vida (1).

Los griegos ofrecían todos los bienes, la virtud y la gloria á cambio de nuestra provechosa actividad : Virgilio, el triunfo sobre todas las resistencias; Schiller, el honor y la obra perenne de las generaciones y del tiempo; Víctor Hugo, la alegría compañera de las virtudes castas; Sandeau, el amor y la felicidad; el Sr. Parejo no promete nada: como los pueblos modernos, la bendice y la consagra su existencia!—No se ha atrevido á tanto la ciencia de Ricardo y Roscher: ha mostrado simplemente que era el origen de la fortuna y la prosperidad de las naciones, y obrera modesta y presurosa ha procurado indagar qué leyes y qué organismo eran preferibles para que diese de sí los más grandes y valiosos resultados. ¿ No merecerá alguna indulgencia la escuela inglesa por haber exagerado el valor y el alcance de los esfuerzos humanos en el mismo período en que los grandes talentos del arte maldecían hasta el extremo que hemos tenido la honra de exponer, los caracteres morales del trabajo?

Platon ha señalado los importantes de la division de las labores y oficios. Lo que da origen á la sociedad, dice el filósofo académico, es la imposibilidad de bastarnos á nosotros mismos, y la necesidad que tenemos de una multitud de cosas. Así se ha unido el hombre al hombre, y la sociedad se ha constituido con el fin de una asistencia mu-

---

(1) *Revista europea*, tomo VIII, pág. 480.

tua, y no se comunica á otro lo que se tiene para recibir lo que no se tiene, sino porque se cree hallar ventaja en ello.—La ciudad está compuesta de muchas personas, pero es forzoso que cada habitante trabaje para todos los demás ; que el labrador, por ejemplo, prepare el alimento para cuatro, y que ponga en esto cuatro veces más tiempo y trabajo ; ó si nó ¿ sería mejor que sin pensar en los demás , emplease la cuarta parte del tiempo en preparar su sustento y las otras tres en construir una casa y hacerse los vestidos y el calzado? Me parece que lo primero le sería más cómodo. En efecto, no todos nacemos con los mismos talentos, y cada uno manifiesta disposiciones particulares. Las cosas, pues, andarian mejor si cada hombre se limitase á un oficio, porque la tarea se hace mejor y es más fácil cuanto más adecuada fuere al gusto del individuo y si exime de cualquier otro cuidado (1). Aristóteles afirma que la union de la ciudad depende de la proporcion de hechos recíprocos.—Se consigue una remuneracion constante en la proporcion porque se verifica una union con líneas medias cruzadas ; como sea arquitecto A, sastre B, familiar C, zapatero D, conviene que el arquitecto emplee su trabajo en favor del sastre y éste ceda el suyo (2). El que tiene un arte fabril puede trabajar para otro como para sí, ha notado Jenofonte (3). Ningun autor antiguo ha puesto de relieve la extremada importancia de la division de trabajo como Diodoro de Sicilia. El Egipto es la única nacion, asevera este sabio autor, en que no se permite á un artesano ejercer empleos públicos, ni otro oficio que el señalado por las leyes y que sus ascendientes le han trasmitido ; de

---

(1) *La República*, lib. II.

(2) *Etica á Nicómaco*, V, 3.

(3) *Económicos*, I.



modo que no se distrae de la aplicacion que debe mostrar á su arte ni por la emulacion del maestro que lo ha enseñado, ni por los cargos civiles ó por otra causa. Fuera del Egipto vemos á los trabajadores distraidos, sea por ideas nuevas, sea por amor del lucro, ó incapaces de fijarse en el oficio que les es propio, ocuparse ya en la agricultura, ya en el comercio, y algunos con frecuencia, en dos ó tres linajes diversos de industria. El mayor número, aún en los estados demócráticos, corre á las asambleas populares, y arroja el desórden al seno de las repúblicas (1).....

Nada es preciso añadir á estos pasajes; aptitudes personales diversas, facilidad en el cambio de las manufacturas que cada oficio produce, atencion que ningun otro cuidado divide ni separa de la constante y diaria tarea, todo esto se expresa en ellos con la mayor precision. Nos engañamos, los griegos no podían comprender, adivinar diré mejor, la influencia que ese hábil repartimiento de los rudos afanes de la vida debía tener sobre las máquinas; los griegos no podían hablar, como Adam Smith, de que hacía más fácil la invencion de éstas, de que sin él las dos terceras partes quedarían por largo tiempo ociosas; como Rae, ni como Babbage, de que gracias á esa division es dable emplear las mujeres y los niños en las fábricas. En suma, la ciencia ha cumplido la mision de desenvolver los principios de la materia en armonía con nuestra civilizacion.

Columela indica que el trabajo simultáneo de muchos se verifica de ordinario en detrimento de la agricultura, porque unos trabajadores tienen que esperar á que otros terminen su tarea, y se echan en cara mutuamente las faltas cometidas (2). Ferguson sospecha que al separar los

---

(1) *Biblioteca histórica*, lib. I, segunda parte, cap. 74.

(2) *De re rustica*, I, 9.



oficios de suerte que son diferentes el ciudadano y el político, y distintas las artes de la cultura y de la guerra, se llega á desmembrar el carácter humano y á destruir las verdaderas artes (1). Hé aquí expuestas quizá las dos únicas desventajas de la division del trabajo.

La segunda fuerza productiva es el capital, coloso sujeto á los piés del hombre, el esclavo de los tiempos modernos como el antiguo siervo vencido en la guerra, en la guerra del genio y de la ciencia contra los agentes naturales dormidos, ó cuya actividad era ántes de encadenarlos inútil ó peligrosa para el hombre, poder todavía desconocido que en lo por venir llegará acaso á esparcir por donde quiera el bienestar y la ventura; que representa en el órden material la posibilidad; que en medio de los hombres frios y escépticos de nuestra época, aparece con formas maravillosas, y realiza empresas que se asemejan á un sueño de ardiente y jóven imaginacion cuando se anuncian, como cruzar los procelosos mares con la fuerza y prontitud del vapor, trasmitir nuestros mandatos, nuestros temores y alegrías, nuestras esperanzas por *la émula de la luz en la presteza*, ó bien en la asociacion mercantil, en las cajas de ahorros y en los empréstitos hacer resurtir de súbito el medio de acumular masas de valores que mueven millares de brazos en las luchas de la paz y de la guerra, ó tornan en ménos amenazador y temeroso el *mañana* de los obreros. Diríase que un dios desconocido ha escrito sobre la faz del capital: *confía y espera*, y sobre el dorso de la poblacion y de la renta: *teme y su're*.—Shakespeare se propondría retratar al primero en Ariel, el dócil genio de *La tempestad*?—« ¡Prudente señor, salud! Vengo á ejecutar tu voluntad. Es preciso cruzar los aires, nadar, sumergirme en el fuego,

---

(1) *Historia de la sociedad civil*, 1767, IV, 1, v. 3 y sig.

viajar por el seno de las nubes? Manda (1).» Goethe ha descrito de un modo notable el influjo del mismo poder; en una de sus obras nos habla de esas criaturas que se mezclan á las cosas en las olas de la vida, en la tormenta de la accion, y que trabajan sobre el ruidoso telar de la duracion (2). Si creemos á Descartes, nos harémos como dueños y poseedores de la naturaleza, emplando los diversos elementos en todos los oficios para que son propios.

Aristóteles nota magistralmente el carácter y necesidad del capital. Segun su parecer, la propiedad es inútil sin instrumentos, porque no produce nada por sí misma: los instrumentos son de dos clases; unos inanimados, otros vivos; por ejemplo, en una nave, el timon es un instrumento sin vida, y el marinero de la proa es un instrumento vivo (3). Vemos que si define bien la fuerza productiva que nos ocupa el Hércules de la ciencia humana, como lo ha llamado en este mismo sitio el ilustre académico Sr. Alonso Martínez, comprende en ella al hombre, y nó sin razon en verdad, porque era esclavo; y tenía esta desgracia, porque el verdadero capital era escaso é imperfecto. Aristóteles así lo cree: estima que si cada instrumento pudiese despues de recibir una órden ó de adivinarla, trabajar solo como las estatuas de Dédalo ó los trípodés de Vulcano que concurrían sin ajeno auxilio á las reuniones de los dioses, como dice el poeta, si las lanzaderas tejiesen sin concurso extraño, si el arco tocase solo la cítara, los empresarios no tendrían obreros, ni los dueños esclavos (4). Lo que el Estagirita miraba como un prodigio se ha cumplido; nuestros telares tejen solos,

---

(1) *La Tempestad*, acto I, escena II.

(2) *El Fausto*, II parte.

(3) *La Política*, lib. I, cap. II, párrafo 4 y 5.

(4) *Loco citato*, párrafo 7.



nuestros trípodes hacen más que caminar sin propulsor extraño, nos llevan á través del espacio con ménos fatiga que en la arena de los juegos olímpicos al diestro auriga los fogosos caballos del carro lanzado á la carrera : ya no hay esclavos ; ya no trabajan los obreros como en la Grecia , oprimidos bajo el peso de ocupaciones degradantes ; dirigen, precaven, regulan y refrenan las máquinas ; sus fuerzas han sido sustituidas por otras más eficaces. Víctor Hugo expresa este pensamiento con estas metáforas ingeniosas : «Gilliatt tenía una sierra y construyó una lima. Con la sierra cortó la madera y con la lima el metal, y despues se procuró las dos manos de hierro del herrero, las tenazas y los alicates ; las tenazas sujetan, los alicates cogen : aquéllas funcionan como la muñeca ; éstas como los dedos.—Las herramientas son un organismo (1).» Aristóteles hasta tal punto juzga que el siervo es un capital, que con su habitual lucidez afirma que el *buey es el esclavo de los pobres* (2), es decir, la máquina de los que no pueden ser poseedores de hombres.

No piensa Goethe que la naturaleza obedezca á nuestra voluntad á pesar suyo, como forzada. El arroyo, dice, es amigo del molinero que lo utiliza ; prefiere precipitarse sobre las ruedas que mueve, á correr á través del valle con una tranquilidad estéril (3). Schiller no es de este parecer cuando escribe : «Feliz es el poder del fuego si el hombre lo dirige y lo domina. Lo que hace, lo que crea lo debe á esa fuerza celestial ; ¡pero cuán terrible es esa misma fuerza cuando rompe sus cadenas, cuando sigue su violento impulso, hija libre de la naturaleza (4) !» Este pensamien-

(1) *Los trabajadores del mar*, version española de D. Antonio Ribot, segunda parte, lib. II, cap. I, tomo 2.º, pág. 104.

(2) *Política*, lib. I, cap. II.

(3) *Máximas*, pág. 374.

(4) *El canto de la campana*, pág. 6.



to del trágico aleman es verdaderamente admirable ; en suma, nuestros capitales son hijos del fuego ; él funde los metales, él brilla al levantar nuestros hogares en la cal y el ladrillo ; él hace hervir el vapor de nuestras máquinas: fuego es la potente electricidad que lleva nuestras breves comunicaciones é ilumina nuestras ciudades durante la noche. En el orden económico la cultura de un pueblo se mide por la perfeccion de los mecanismos que dominen y encierren el fuego.

El capital se requiere en todas las artes, es el precursor y el compañero del trabajo. Milton retrata á Eva al separarse de su esposo para trabajar mejor, más bella que la diosa de Délos, no armada, como ella, de un arco, de un carcaj, sino solamente de algunos útiles de jardinería, como pudo prepararlos sin auxilio del fuego el arte sencillo todavía, ó bien ofrecidos por los ángeles (1). ¡El épico inglés juzga necesario el concurso del capital hasta en el Paraíso, hasta en las inocentes labores de nuestra primera madre! Virgilio es del mismo parecer respecto á la agricultura.

*Dicendum et quae sunt duris agrestibus arma:  
Quis sine nec potuere seri, nec surgere messes:  
Vomis, et inflexi primum grave robur aratis* (2).

Los agentes naturales son la tercera y última de las fuerzas productivas. Consideraron los primeros economistas que eran una condicion favorable para producir y no más; doctrina corregida más tarde por sabios autores, y que nunca ha encontrado defensa, ni representacion en la literatura. Las tierras, aunque inertes, excitan al trabajo, dice Hesiodo. En su seno ocultaron los dioses el sus-

---

(1) *El Paraíso perdido*, canto IX.

(2) *Las Geórgicas*, lib. I, v. 160.

tento de los hombres (1). En justamente celebrados versos Shakespeare ha descrito las grandes ventajas y dones otorgados por la naturaleza á la Gran Bretaña. «Esta tierra de majestad, este nuevo Eden, este paraíso terrenal, esta fortaleza edificada por la naturaleza misma para que pueda rechazar la invasion de la peste y de la guerra, esta admirable raza humana, este universo en miniatura, esta piedra valiosa incrustada en un mar de plata que le sirve de muro ó de foso contra la envidia de países ménos afortunados, este rincon de la tierra dichoso, este suelo bendito del cielo... La Inglaterra rodeada del mar como un glorioso cinturón, la Inglaterra que desde lo alto de sus peñascosas riberas rechaza los envidiosos asaltos del húmedo Neptuno... (2).» Donde reinan las fuerzas ininteligentes y brutales, la obra pura no puede cumplirse, ha declarado Schiller; nada produce más activamente que las grandes fuerzas primitivas y las que el tiempo ha desenvuelto; pero la influencia de esta acción en nuestros destinos, sea provechosa ó sea nociva, es puramente fortuita, asegura Goethe (3). El gran poeta alemán juzga asimismo que los golpes á compás del jornalero que trilla nos recuerdan que en las doradas espigas que caen bajo la hoz del segador, había un principio de vida y de sustento (4). Por último, Lamartine hase valido de esta bella comparacion: «El hombre hijo y fruto de la tierra, abre las entrañas de su madre, donde germinan las flores y los frutos; como el hijo muerde el pecho para que la leche ascienda y corra gota á gota del seno de su nodriza, cuya faz cubre el llanto (5)!

(1) *Las obras y los días*, pág. 31.

(2) *Ricardo II*, acto II, esc. I.

(3) *Poesías*, pág. 11.—*Máximas*, pág. 484.

(4) *Las afinidades electivas*, II part., cap. III, pág. 176.

(5) *Jocelyn*, Part. Nov., pág. 289.



Los sabios que han escrito ántes de Adam Smith del mismo modo que los poetas, han sabido apreciar el influjo de los agentes naturales en la creacion de la riqueza. Hobbes designa el trabajo y el ahorro como los orígenes necesarios, los productos del agua y de la tierra como los orígenes útiles de los bienes (1). Petty piensa que el trabajo es el padre y activo principio de la riqueza, pero que la tierra es la madre (2). Para Hárris la tierra y el trabajo son las fuentes de aquélla: sin el concurso de la tierra no podríamos subsistir, y seríamos pobres sin trabajo (3).

De notar es, señores Académicos, que en los famosos representantes del espíritu humano cuyas ideas hemos traído á la memoria, los grandes principios de la ciencia sobre los elementos de la produccion aparecen formulados en conjunto, en general, con tan vivos colores y á veces con rasgos tan felices, que no quedaba otra tarea á los expositores de la economía política que darles unidad, enlace, cohesion y rigor lógico, y aplicar sus consecuencias á la vida social y al orden de los intereses materiales de los estados.

## II.

El trabajo y el capital, que se unen y confunden con la tierra y sus fuerzas primitivas é indestructibles, se transforman de diversas maneras, señálanse por diversos caracteres y dan origen á graves cuestiones morales, políticas y sociales; sus cambios, sus progresos, sus visicitudes, sus múltiples y complejas relaciones constituyen la

---

(1) *De cive*, XIII, 14.

(2) *El impuesto*, 1679, pág. 47.

(3) *Upon Money and coins*, 1757.



industria; es decir, ese conjunto de cuidados, de temerosas previsiones, de éxitos silenciosos, de decepciones amargas, de estremecimientos del alma y contracciones de nuestras frentes cubiertas de sudor, que, como todas las luchas, tiene sus ásperos goces y sus horas de miedo, de desaliento implacable, de sombríos y proféticos anuncios, de locas esperanzas y á las veces de torcedor remordimiento, cuando una voz nos grita en la soledad del hogar: «¿No sería mejor emplear la vida en alguna empresa grande?» El progreso, ley áspera y cruel, nos obliga á bajar la cabeza resignada ante esa division y desenvolvimiento del trabajo que ha creado en los tiempos modernos, esa necesidad de consagrar nuestro tiempo y nuestras facultades á alguno de los varios linajes de industria. Todas nuestras acciones, todos nuestros esfuerzos no son más que una perpétua fatiga, dice Goethe; feliz aquél que no se cansa nunca (1). El autor de Fausto pensaba como su siglo: «En lo sucesivo, añade, será embarazoso no poseer un arte ó un oficio. No basta el saber en medio del movimiento rápido del mundo; en él nos perderemos hasta que lleguemos á conseguir tener algunas nociones sobre todo (2).» El poeta no se engaña al profetizar de este modo lo que debía cumplirse despues de su muerte, ¿á lo ménos, no se tendrá por lícito que creamos sucederá lo mismo en lo por venir?

La industria es el trabajo en todas sus formas; en los primeros tiempos en que era menester conquistar la tierra, nuestra imaginacion se complace en delinear la figura, los rasgos distintivos del vigoroso cazador. Con su arco, con sus flechas, el cazador camina por las montañas y los valles, canta Schiller, desde los primeros ra-

---

(1) *Máximas, Pensam.* pág. 400.

(2) *Ibidem*, pág. 431.

yos de la mañana. Como el buitre es rey de las llanuras del aire, el cazador reina libremente en los montes y las rocas. Le pertenece el espacio que su dardo recorre, para él es cuanto vuela y cuanto se arrastra por la tierra (1).

Nuestro pensamiento despues de los peligros de la caza se fija en los afanes de la pesca. Oigamos á Goethe en una de sus más célebres baladas: «La onda murmuraba, la onda ascendía sobre las aguas; un pescador, sentado en la orilla, miraba tranquilo el sumergido anzuelo... Las olas llegan y se alejan, y de su seno se lanza una mujer cubierta por sus espumas. — Ella le cantó, ella le habló: ¿Por qué atraes con el ingenio y la astucia del hombre mi raza allá arriba, hácia el calor mortal? ¿Si supieras qué bien se hallan los pescados en los profundos abismos!... (2).»

Durante largo período el hombre vive á expensas y merced á la abundancia de los dones espontáneos de la naturaleza; vive en el carro de hojas y de frutos de las contiguas selvas vírgenes. Es la edad de oro de los poetas. Hesiodo habla de un tiempo en que florecía la raza de los hombres sobre la tierra sin males y sin difícil trabajo... Tenían todos los bienes y los fértiles campos daban de sí las mieses sin esfuerzo... (3). El enérgico Lucrecio expresa esta enseñanza económica en un poema célebre:

*Multaque per cælum solis volventia lustra  
Volgivago vitam tractabant more ferarum:  
Nec robustus erat curvi moderator aratri  
Quisquam, nec scibat ferro molirier arva  
Nec nova defovere in terram virgulta, nec altis  
Arboribus veteres decidere falcibu'ramos:  
Quod sol atque imbres dederant, quod terra crearat  
Sponte sua, satis... (4).*

(1) *Guillermo Tell*, acto III, esc. I.

(2) *Poesías. El pescador*, pág. 56.

(3) *Las obras y los días*, pág. 32 y 84.

(4) *De natura rerum.*, lib. V.



Ovidio refiere con diverso carácter:

*Ver erat æternum: placidique tepentibus auris  
Mulcebant Zephyri natos sine semine flores,  
Mox etiam fruges tellus inarata ferebat:  
Nec renovatus ager grandis canebat aristis* (1).

Después rompió los lindes de las movibles tiendas la tribu patriarcal: creció la población; el espíritu sonrió á las doradas perspectivas de una existencia ménos sencilla, pero llena de halagos é incentivos, que mostraba en sus manos fatigadas el genio de la invención y señalaban las ardientes miradas del deseo. Hesiodo también muestra en qué ocasión nacieron las artes: «Negóse la tierra á ofrecer más cereales: tuvieron los hombres herramientas de bronce; de bronce eran sus casas y sobre el bronce trabajaban; carecían del negro hierro; después que fué conocido, siempre sufrirán el trabajo y la desgracia (2).»

Ovidio por su parte nos recuerda:

*Tum primum subiere domos: domus antra fuerunt,  
Et densi frutices, et junctæ cortice virgæ,  
Semina tum primum longis Cerealia sulcis  
Obruta sunt, pressique jugo gemuere juvenci* (3).

Si, como dice el poeta, cubriéronse las semillas con la tierra de los prolongados surcos, y los novillos gimieron oprimidos por el yugo, es decir, que comenzó la agricultura: fué menester renunciar á los bienes que producían los agentes naturales y abrir con las nuevas labores de la labranza las fuentes de copiosas riquezas. La tierra se ennegrece bajo el esfuerzo del arado, observa Homero. La tierra enseña la justicia y la sabiduría al que la cul-

(1) *Metam.*, lib. I.

(2) *Las obras y los días*, pág. 34.

(3) *Metam.*, lib. I.



tiva, en opinion de Jenofonte. ¡Qué inspirado elogio hace el ilustre ateniense del arte agrícola! «La tierra ofrece á los que la cultivan, escribe en sus *Económicos*, el preciso sustento, y tambien aquellos bienes que causan placer, y sobre todo, esparce suavísimos perfumes y bellas flores, que llevan los hombres á los altares, ante las imágenes de los dioses, y que sirven para adornarse los hombres mismos. No tolera la molicie á los cultivadores, sino que acostumbra á sufrir los rigores del frio y el caluroso verano (1).» Fray Luis de Leon enaltece hasta más allá de los límites razonables y justos la labranza y cultura de los campos. «Se ha de entender, dice, que los hombres hacen renta y se sustentan y viven, ó de la labranza del campo, ó del trato ó contratacion con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural; así porque en ella el hombre come de su trabajo sin que injurie, ni dañe, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno, como tambien porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aún á ellos mismos, guiados por su inclinacion, les es tambien el acudir luégo á los pechos, así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra comun, lo que conviene para nuestro sustento. La otra ganancia y manera de adquirir que saca fruto y se enriquece de las ganancias ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y los maestros y artífices de otros oficios que venden sus obras... es ganancia poco natural, y adonde las más veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual,

---

(1) *Económicos*, cap. V.

todo lo que en esta manera se gana es en este lugar llamado despojos por conveniente razon. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa (1).» El sabio Agustino no acierta en su censura de las artes fabriles y el comercio. Podrá ser más ó ménos grato remunerar los servicios que prestan; mas por ventura ¿no nos redimen de la necesidad á ménos costa y de un modo ménos imperfecto que el que nos veríamos precisados á procurar si no existiesen? El precio que exigen los labradores por cereales y otros frutos ¿no envuelve tambien el pago de un trabajo que puede representar para nosotros un grande sacrificio? Ni basta aducir como prueba de que los primeros traigan á costa ó menoscabo á los demás, que en su granjería las más veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, puesto que para censurar las artes se requiere, separarlas primero, como al metal noble de la escoria, de todo fraude y toda desleal maquinacion, que en su ejercicio cabe la honradez y buena fe. Diríase que el juicio y parecer de Fray Luis de Leon nos inclinaba á la escuela fisiocrática: la ciencia no admite las aseveraciones del ilustre poeta. El vizconde de Bonald, con ménos rigor, muestra que ama la agricultura y mira con ceño y con desvío las manufacturas: «El agricultor no vive quizá más que el industrial, afirma este sabio, pero conserva más largo tiempo sus fuerzas, ejercitadas en trabajos más penosos pero más sanos, que se verifican al aire libre y siempre de dia..... El arte agrícola tiene labores para todas las edades: el anciano que llega al término de su carrera la concluye como la ha empezado, y guarda todavía al rededor del hogar los niños y el rebaño.

---

(1) *La perfecta casada*, cap. III, pág. 27 y 28.



No se habla de la inteligencia del cultivador, que se excita por la variedad de sus esfuerzos, la regularidad, la reflexion y los conocimientos que exigen el cuidado de la tierra y los ganados, como no sucede al industrial que se ocupa durante su vida en dar vueltas á un manubrio, hacer que corra la lanzadera, ó que se mueva el volante (1).» Nuestro juicio es el mismo por lo que concierne á estas reflexiones que á las precedentes. ¿Qué harían los moradores de esos países que poseen un suelo estéril, cuyo cielo, velado por densas nubes, no arroja en los rayos del sol ese calor que guardan las espigas y las vides de los campos al declinar el estío, y que se ven forzados á luchar con el Occéano para extender sus poco seguros límites, de los que ha dicho Lucano

*Quoque jacet littus dubium, quod terra fretumque  
Vindicat alternis vicibus?*

¡Nó, todas las ramas de la actividad humana son igualmente honrosas y dignas de aplauso, si no conculcan los eternos fueros de la moral y del derecho! Preciso se hace, sin embargo, que confesemos hay desacuerdo entre los poetas y filósofos y la ciencia económica sobre esa predileccion inmerecida que conceden á la labranza, guiados por una filosofía cuyos ideales parece que se alejan de nuestra organizacion actual, como viajeros que abandonan una region, en la que por una serie de graves transformaciones no pueden hallar la vida que aman y enaltecen.

El cultivo en pequeño es al que se inclinan los autores de obras literarias. Virgilio nos da este consejo:

*Laudato ingentia rura:  
Exiguum colito (2).*

---

(1) *La legislacion primitiva.*

(2) *Las Geórgicas*, lib. II, v. 412 y 413.



Horacio se lamenta del afán que tenían los romanos de su tiempo de dilatar los confines de sus propiedades:

*Quid, quod usque proximos  
Revellis agri terminos, et ultra  
Limites clientium  
Salis avarus? Pellitur paternos  
In sinu ferens Deos  
Et uxor, et vir, sordidosque natos (1).*

Plinio exclama con angustiosa pena: *Latifundia Italiam perdidere, imo et provincias*; y Tácito atribuye á la misma causa los peligros del imperio por la sedición de la plebe harto tornadiza: «*Italia externæ opis indiget: vita populi romani per incerta maris et tempestatum quotidie volvitur (2).*»

Hubo un tiempo en que Arturo Young, Beaudeau y Le Trosne, hicieron creer que la prosperidad pública demandaba el cultivo de vastas heredades; mas hoy sirve de norma á nuestro espíritu en esta materia, el vencedor dictámen de Roscher, de Passy y Stuart Mill, y volvemos los ojos á la luz de los grandes ingenios de la maestra universal, de Roma.

La industria fabril es el poder nuevo de la sociedad de nuestro tiempo: como los antiguos dioses, en sus manos encallecidas reside la facultad de las transformaciones; de un poco de seda ó de lana, de arena ó de barro, de bronce ó de madera, saca esos tejidos, esos muebles, esas estatuas, esos brillantes adornos, de colores tan vivos, de formas tan elegantes, de expresion tan pura del tipo creador, de combinaciones fantásticas: de ella no nace, ni se deriva la cultura, pero es la compañera fiel de los periodos célebres por sus progresos y civilizacion; la vida

(1) *Odas*, lib. II, oda XV.

(2) *Los Anales*, lib. III, LIV.

es ménos áspera, ménos triste, gracias á los artefactos que crea en su lucha titánica con los males que amenazan nuestra existencia, los rayos del sol en el estío, las lluvias y el fuego de la tempestad, los irritados vientos y las turbulentas olas de los mares; ella nos ofrece, por último, esa enorme masa de productos, que extendiendo el dominio del cambio, son causa de que la reja del arado rompa más y más la vasta superficie de los campos incultos.

No ignoran muchos de los que han dado á la estampa obras literarias el valor y la importancia de las manufacturas. Se lee en las memorias de Richelieu: «En la industria y el comercio está el resorte de la prosperidad nacional: se debe hacer de manera que tales oficios sean más y más considerados y tenidos como honrosos.» Hume no vacila en hacer esta pregunta: «¿Podemos esperar que salga un buen gobierno de un pueblo que no sepa fabricar un huso, ni poner en movimiento un telar?» (1). ¡Cuán agradable y útil debe ser, dice Goethe, constituirse en centro de tantas industrias y necesidades y ayudar á esparcir la vida y la actividad hasta en los bosques y las montañas más impenetrables del continente! (2). ¿Quereis saber lo que es un pueblo? No preguntéis cómo se gobierna, sino lo que hace, escribe Saint-Marc Girardin; la infancia de los estados se parece cualquiera que sea su constitucion política: los Estados-Unidos ejecutan obras gigantescas, como lo hizo el antiguo Egipto.

Las bellas producciones de las artes fabriles son hijas de la pobreza: los ricos no las hubieran creado jamás. Si la renta se repartiese por partes iguales, hace notar Aristófanes, nadie querría encargarse de las ocupaciones

---

(1) *Discursos.*

(2) *Wilhelm Meister*, primera parte, lib. IV, cap. XIX.



groseras ó desagradables; y ó no existirían, ó habría que imponerlas por turno (1). Hume afirma que, en resolución, los países pobres tienen superioridad sobre los ricos en materia de industria (2). Atribuye Mommsem á los ricos despojos fruto de la guerra y de las conquistas de Roma, el afán de la fracción superior de la clase media de vivir de la usura, prefiriéndola á las diversas industrias que hubieran constituido prontamente la clase media de grados inferiores (3). Tal fué el origen de la *miseria et jejuna plebecula*, que menciona Ciceron (4).

Debe estimarse como perfecta aquella manufactura que reproduzca las grandes obras de arte ó las imite. Sus productos no satisfarán nuestros deseos de un modo vulgar, no nos causarán placeres comunes: al despertar nuestros recuerdos elevan nuestro espíritu á la contemplación de la belleza, difunden el gusto que su expresión inspira, y demuestran que hay entre nosotros estimable cultura. Goethe lo juzga así al consignar que la materia está á merced de todo el mundo: el que quiere utilizarla aprende á conocer sus propiedades; sólo la forma es el secreto de los maestros (5).

Como los economistas, Schiller desea para la industria la libertad. Mil manos activas, según él, trabajan y se sostienen en comun acuerdo, y todas las fuerzas se despliegan en este apresurado movimiento. El maestro y el oficial continúan su obra bajo la santa protección de la libertad (6). Shakespeare estima que los gremios desaparecen con el respeto á los magistrados y á la ley. Una

---

(1) *Pluto*, v. 508 y sig.

(2) *Discursos*.

(3) *Historia de Roma*, primer volumen, pág. 622.

(4) *A Atico*, I, 16.

(5) *Maximas*, pág. 398.

(6) *Poesías. El canto de la campana*, pág. 10.

vez rota la jerarquía—exclama en Troilo y Crésida—esa escala de todos los grandes designios, toda empresa se malogra. Desde este momento no habrá gremios en las ciudades, ni comercio pacífico entre dos distintos países (1). ¡Singular pensamiento el del gran trágico inglés! Nuestras corporaciones de artes y oficios han sido anuladas por la revolucion, no debemos estar muy satisfechos de nuestras cabezas, ni de los que rigen nuestra sociedad perturbada; y aunque hoy no veamos moralmente que se restablezcan las maestrías, ¿quién sabe si Shakespeare se habrá expresado como un profeta? ¿Recordais, señores Académicos, las dudas que asaltan á Chevalier y Stuart Mill, sobre si el estado actual de la industria es definitivo? ¿Recordais las quejas que formulan los *Katheder-socialisten*?

Llegamos á hablar del comercio. El comercio es el sujeto que ha de hacer dable el cambio; economía de esfuerzos, nivelacion de los precios, concurso en feria perpétua y deslumbradora de las producciones de todo el Universo, soberbia ostentacion de la riqueza de los pueblos laboriosos, el heredero de la guerra en la empresa de civilizar las tribus y naciones bárbaras, genio tutelar que al sonar la hora terrible de la escasez y los azares en que muestra su faz lívida el infortunio, nos trae en su dorso los bienes que templan nuestros cuidados torcedores, en trueque de una promesa no más, del crédito, combinacion de tal y tan grande artificio que por ella no se pierde el menor esfuerzo, ni el menor adelanto, es la industria mercantil un elemento de supremo interés para los estados desde el siglo XVII. Los antiguos la miraban con desprecio; los modernos la han enaltecido. Homero refiere que un fenicio fletaba un barco para Lybia y per-

---

(1) *Troilo y Crésida*, acto I, esc. III.



suadía á un griego para que le siguiese como veedor de mercancías, con la intencion de venderlo á su arribada, como esclavo. Aristóteles pretende que el comercio, los servicios retribuidos y la guerra ganan á expensas de los hombres, por ó contra su voluntad, miéntras que la agricultura sólo explota la naturaleza (1). Ciceron cree que los mercaderes no logran beneficios si no mienten (2). ¡De qué diverso modo se expresan los poetas de la edad moderna! Instituciones fundadas en ideas más puras, una sociedad que ha vuelto las espaldas á los privilegios que constituían en los pueblos del mundo antiguo tan profunda y cruel desigualdad y un régimen para el trabajo opuesto á la justicia, les inspiran más atinadas reflexiones. Schiller no se ha desdeñado de elegir para asunto de una de sus poesías *el mercader*: «¿Dónde va ese navío? Su tripulacion se compone de sidonios, que traen de las playas heladas del Norte el ámbar y el estaño. ¡Neptuno, muéstrate favorable! ¡Balanceadle blandamente, oh vientos! ¡Que encuentre en una bahía hospitalaria aguas refrescantes! Dioses poderosos, el mercader os pertenece; procurando aumentar su fortuna se afana en conseguir la prosperidad general (3).» Del mismo indica Thomas: «Por sus constantes trabajos acerca los lugares, los pueblos y los tiempos; por él son fecundas las Indias para los climas helados, y abraza los dos mundos con una cadena de oro.» Goethe traza el siguiente cuadro de las excelencias del comercio: «Sólo te falta el espectáculo de una gran actividad comercial para decidirte á ser de los nuestros, y á tu vuelta te apresurarás á formar parte al lado de los que con toda clase de especulaciones ó de comisio-

---

(1) *Económicos*, lib. I, cap. II.

(2) *De officiis*, lib. I, 42.

(3) Página 142 de las Poesías: *El mercader*.

nes, saben atraer para sí una parte del bienestar y del numerario que cumple en el Universo su circulacion fatal y necesaria. Fija tus miradas en las producciones artísticas y naturales de las diversas partes del mundo, y verás que todas han llegado á ser necesidades imperiosas para nosotros. ¿No tiene derecho á estar orgulloso el espíritu activo, que sabe procurarse en tiempo oportuno, ya fácilmente, ya con trabajo, los objetos que más se desean, y que por consecuencia llegan pronto á faltar, que sabe conocerlos, que puede ofrecer á cada uno inmediatamente aquello que pide, abastecerse de ello con prudencia y sacar un beneficio á cada momento de esta circulacion? (1).»

A vueltas de estos elogios, de estas justas alabanzas, de este armónico pensar con los adeptos de la ciencia económica, no han faltado autores de talento que han imaginado que en el tráfico y cambio de mercancías para que un individuo ó un pueblo ganara, era preciso que otros individuos ó pueblos perdiesen lo equivalente. Tomás Moro juzga que uno no puede obtener beneficio sin que otro sufra perjuicio (2). Bacon asegura: *Quidquid alicubi adjicitur, alibi detrahitur* (3). Miguel Montaigne afirma que el provecho de uno es daño de otro (4); y Voltaire, dando al olvido la filosofía estóica, escribe esta sentencia: «Desear la grandeza de nuestra patria es desear el mal á sus vecinos..... Es claro que un país no puede ganar sin que otro pierda (5).» Esta concepcion estrecha del cambio, como han demostrado numerosos escritores, y muy particularmente Bastiat, nos llevaría como por la mano á negar la libertad del comercio, bien

(1) *Wilhelm Meister*, primera parte, lib. I, cap. X.

(2) *Utopía*, pág. 79.

(3) *Sermones fideles*, cap. XV.

(4) *Ensayos*, I, 21.

(5) *Diccionario filosófico. Verb. Patria.*



que por fortuna sin apelar á los tratadistas de economía política, hallamos muy notables asertos, que aún conviniendo, como convenimos, en que su filiacion debe buscarse en la filosofía, es dable estimarlos y tenerlos por premisas de esa teoría quizá la más fecunda en bienes, quizá la más importante de cuantas ha expuesto con precision y formas científicas, no decimos que ha descubierto, el genio extraordinario de Adam Smith. Todos los hombres, en sentir de Jenofonte, son como los miembros del cuerpo que, léjos de dañarse unos á otros, han sido hechos para que se presten mutuo apoyo (1). Lucano alude á tiempos mejores que los suyos, cuando escribía:

*Tunc genus humanum sibi consulat armis  
Inque vicem gens omnis amet* (2).

Boisguillebert es de dictámen que no hay más que dejar hacer á la naturaleza y á la libertad, que no es más que la comisaria de esa misma naturaleza (3). Goethe piensa, que lo que es verdaderamente productivo no pertenece á nadie en particular; por más empeño que mostremos es preciso sufrir que todo el mundo de ello se aproveche. Estas últimas citas son decisivas; en ellas se contiene el gérmen de la teoría del libre cambio, más todavía, en ellas como que el espíritu humano se ilumina con la luz de los grandes principios filosóficos, que son como las primeras y más hondas raíces de aquella doctrina, no tan nueva como algunos creen, si asentimos al parecer de Mommsem, el cual sostiene que la antigua Roma, con su espíritu racional, practicó muy pronto el libre tráfico de mercancías (4).

(1) *Memorabilia Socratis*, lib. II, 3, 18.

(2) *Pharsalia*, lib. I, 61.

(3) *Factum de la France*, 1707, cap. V.

(4) *Historia de Roma*, tomo I, *passim*.

El desenvolvimiento de las artes y del comercio no está exento de peligros y achaques que pueden desnaturalizar el carácter de un pueblo é imprimir á su actividad culpable impulso y arrastrarlo por sendas torcidas. Autores ilustres temen que en tales escollos va á dar de traves, si es que no ha dado, la civilizacion moderna. *El Tanto por ciento*, de Ayala, la *Familia Benoiton*, de Sardou, la *pequeña Dorrit*, de Dickens, son pruebas fehacientes de nuestra aseveracion, sin citar alguna de las novelas de Wilkie Collins por sus tendencias socialistas. Antes que esos ilustres dramáticos ó novelistas Davenant nota que el desarrollo mercantil es un progreso de naturaleza problemática: al mismo tiempo que aumenta las riquezas, puede con ellas introducir el lujo, la codicia, el fraude y la mala fe, destruir la virtud, hacer desaparecer la sencillez de las costumbres, y conducir por una pendiente fatal y casi inevitable las naciones al despotismo ó á la dominacion extranjera (1). Fergusson con más tino y sagacidad, observa que la riqueza privada honradamente adquirida, de la que hacemos un uso moderado y conveniente y que además se administra con un sentimiento de independencia, puede ser para aquéllos que la poseen un elemento poderoso de confianza en sí mismos y de libertad, siempre que abran las puertas de sus tesoros, con un fin honroso de partido, y nó con el de satisfacer su vanidad ó procurarse goces personales (2). Entendemos que no es acertado dirigir cargos á el desenvolvimiento económico, por más que confesemos que es dable llegue á ser causa de desórdenes morales; hay unidad en la civilizacion de un pueblo y de una época; su estado es floreciente y puro de grandes y culpables manchas, ó por el con-

---

(1) *Obras*, II volumen, pág. 273.

(2) *Historia de la Sociedad civil*, lib. VI, cap. V.



trario, de decadencia y perversion moral; la produccion de la riqueza es harto importante para que en sus orígenes y elementos no se note y aparezca el influjo de la direccion que hubiere dado á su actividad y á sus relaciones la nacion entera; así nosotros dirémos con Eurípides: «que no me toque en suerte dicha mezclada con dolor, ni riquezas que atormenten mi ánimo (1).»

### III.

Gran controversia mueven los economistas sobre si la produccion inmaterial debe comprenderse en las investigaciones económicas. Para unos, las llamadas riquezas inmateriales se rigen por las mismas leyes que las materiales, y es grave error no darles carta de naturaleza en el dominio de la economía: miéntras que juzgan otros, con mejor acuerdo en nuestro sentir, que por su naturaleza y sus caracteres, por su origen y sus fines, y por su relacion con el mundo económico deben ser excluidas del estudio que abraza no más que los intereses ajenos al orden moral. De esta última opinion son los filósofos y los poetas. Enumerando los diversos trabajadores de su República, Platon no menciona más que los manuales; Aristóteles no juzga plausible esta aseveracion, y responde: «¿Por ventura no hay otro trabajo que el de nuestras manos, no hay en la sociedad otros obreros que el obrero mecánico? ¿Y el magistrado y el árbitro y el jurado, no son tambien trabajadores, y trabajadores de los más útiles?» Este pa-

---

(1) *Medea*.

recer no ha sido aceptado por los escritores que han sucedido al Estagirita. Bacon afirma hablando de los nobles, de los sacerdotes y de los literatos, que «*sorti reipublicæ nihil addunt* (1).» Hume entiende que son los mercaderes productivos, pero que un médico ó un abogado no pueden enriquecerse sino á expensas de los demás (2). Goethe, en una poesía que aplaudía nuestro gran Quintana, hace hablar de esta suerte al bardo que ha cantado ante un rey : «¡No me des esa cadena de oro ; sí á los caballeros ante cuyo terrible aspecto las lanzas enemigas se rompen ! Dásela á tu canciller ; que añada ese dorado peso á tantos otros como lleva.—Yo canto como canta el ave que se inclina en las ramas de los árboles : el canto que nace libremente es su propia y magnífica recompensa (3).» Schiller en la composicion que se titula *La division de la tierra*, presenta al poeta cuando todos los bienes se han repartido y prorumpiendo en quejas contra Júpiter : «¿No me acuses, responde el dios, si te extravías en el imperio de los ensueños : ¿dónde estabas al dividirse el mundo ?—Cerca de tí. Mis miradas se fijaban en tu esplendor ; mis oídos escuchaban las celestiales armonías. Perdona al espíritu, que por los encantos de tu luz olvida los bienes terrestres.»—Al escuchar estas palabras Júpiter exclama : «El mundo ya no es mio ; los frutos, la caza, los mercados no me pertenecen. ¿Quieres venir á mi cielo, cerca de mí ? Cuantas veces quieras ascender hasta él, abierto estará para tí (4).»

Sí, los trabajos que no se incorporan á un objeto material, que no se encaminan á obtener lucro, que son expresion de la ciencia ó de la belleza, en nuestro parecer,

(1) *Sermones fideles*, 13, 29.

(2) *Discursos*, núm. 4.

(3) *Poesías*. El Bardo, pág. 52.

(4) *Poesías*. *La division de la tierra*, pág. 201.—Pág. 123 y 124.



hállanse representados por el Pegaso, que nos muestra el citado lírico alemán :—sujeto al yugo, enoja y exaspera al labrador que lo ha comprado, y cuando el poeta cabalga sobre él tiembla, se levanta y relampaguean sus ojos; ya no es el animal que abate el trabajo, es un regio corcel, un dios, que se lanza á las regiones etéreas al soplo de la tempestad.

#### IV.

La moneda ha llamado hasta el extremo la atención de los escritores, que por los asuntos que han elegido para sus obras hubiérase creído que se hallaban muy léjos de parar mientes en el universal instrumento de los cambios. Unos con diestras y enérgicas pinceladas, nos indican su índole y caracteres; otros sufren un singular y pernicioso extravío al explicarnos lo que piensan sobre esta materia difícil, y que parece prestarse á la concepción de errores monstruosos; no falta quien maldice esa por muchos enaltecida invención. En esta parte, como en otras de nuestro estudio, agrupando cuidadosamente las opiniones y pareceres, hemos de ver de qué modo progresivo y poco esperado, recibe confirmación la teoría científica de las ideas que surgen de la mente de los poetas y filósofos.

Para Platon el dinero es como un símbolo, un medio de cambio. En su República no quería admitir otro linaje de numerario que el que tuviese valor intrínseco en armonía con su valor nominal y propio para todas las trans-

acciones (1). Opinaba Aristóteles que la moneda debía estimarse como algo puramente imaginario, cuyo valor se fundaba en las prescripciones de las leyes hechas por los hombres (2). Sin embargo, comprende que no pueden servir como numerario más que las cosas útiles y de un uso corriente. Explica con grande acierto las funciones propias y peculiares del dinero; «para que haya cambio y para que los productos puedan compararse se ha inventado la moneda, que es el medio ó intermediario de todas las cosas, porque las mide, porque mide lo mucho y lo poco; por el que, v. gr., el calzado es igual á una casa y al alimento; no será dable comparar más que las cosas que sean iguales. Conviene que haya un producto que mida los demás; éste se ha usado por la pobreza que todo lo contiene. Porque si los hombres no necesitasen de cosa alguna, ó si no les fueran menester del mismo modo, no habría cambio alguno ó se verificaría de distinta suerte y manera. No vale la moneda por la naturaleza, sino por la ley (3).» Jenofonte, por su parte, cree que las ciudades afortunadas necesitan en alto grado la moneda; los hombres para armas de buen temple, hermosos caballos, en las casas y sus ornamentos quieren emplear el numerario; las mujeres para el lujo de sus adornos. Si las ciudades requieren ser auxiliadas con cereales por carestía ó por la guerra, en virtud de que la tierra esté ociosa por no tener cultivo, entónces es menester mucho más dinero para comprar víveres y para pagar las tropas auxiliares (4). El famoso historiador se había formado una idea singular del instrumento de los cambios: asegura que no se parece á

---

(1) *De República*, lib. III, pág. 371.

(2) *Ética á Nicómaco*, lib. V, pág. 5.

(3) *Id. id.*

(4) *Rentas del Atica*, cap. IV.



las demas producciones de la tierra. Si el cobre y el hierro se hiciesen comunes hasta el punto de que los artefactos producidos con estas materias se vendiesen por un precio muy módico, quedarían los obreros completamente arruinados. Lo mismo dice de los cultivadores en los años en que el trigo, el vino ó los frutos son muy abundantes: sucede lo opuesto si se trata del numerario. Cuantas más minas se descubren y más se explotan, mayor número de ciudadanos se esfuerzan en ser sus poseedores..... « Quizá algunos formulen la objecion de que el oro es tan útil como la plata; no me propongo sostener lo contrario: solamente haré notar que si el oro fuese más comun que la plata, haría subir el valor de ésta y bajar el suyo propio (1).» Permítasenos llamar la atencion de los señores Académicos sobre la deduccion que puede hacerse sin violencia de este exámen de los clásicos griegos respecto al numerario. No veían en la moneda más que un signo, un resultado de las convenciones humanas; pero entendían que no era dable recayese la eleccion de la materia más que sobre productos útiles y de un uso generalmente admitido; y señalaban con suma claridad y perspicacia la importancia y ventajas que se derivan de la invencion del numerario.

En los tiempos modernos muchos autores han incurrido en el error de creer que el dinero es una riqueza ficticia, un dado para hacer cuentas, no más que un medio de hacer circular las mercaderías, que son las únicas que tienen valor intrínseco; que un sello basta para dar al papel un valor local y hacerlo raro y precioso como los metales (2). No pensaron de esta suerte algunos escritores

---

(1) *De las rentas del Atica*, cap. VII.

(2) BERKELEY: *Querist*, 1737. FORBONNAIS: *Hacienda de Francia*.—DAVENANT: *Obras*, pág. 855.—MONTESQ: *Esp. de las leyes*, XXI.

ingleses y españoles, que mostraron envidiable acierto para entrever unas veces, y acercarse otras á los verdaderos principios de la teoría. Asi Petty escribe que cada país tiene para su comercio no más que cierta suma de dinero, que sería una verdadera prodigalidad aumentar cuando aquél permanece estacionario; que sin embargo, los metales preciosos, por su duracion, por su valor generalmente reconocido, etc., deben estimarse como riquezas en mayor grado que otras mercaderías (1). Dudley North califica el numerario de mercancía de la que puede haber tanto excesiva abundancia como escasez (2). Saavedra Fajardo es de dictámen que estará bien concertada y libre de inconvenientes la moneda, cuando al valor intrínseco se le añadiere solamente el coste del cuño (3). El P. Cabrera entiende que hemos de confesar que cuando el príncipe tasa el valor del numerario, determina el que le corresponde por razon de su materia, segun la comun estimacion y juicio que de ella forman los prudentes..... y el príncipe no da, sino supone el valor que consideradas las circunstancias y su naturaleza tiene (4)..... Tampoco podemos negar que la moneda tenga valor por razon de su materia, fundado en la condicion de su naturaleza y desus utilidades....

En las meditadas páginas de las obras que citamos, aparece el dinero como un producto, como un objeto que es estimable por su valor; aparece el camino expedito para formular la doctrina que ha surgido de la mente de los más notables economistas; la moneda es una mercadería que se emplea como primera materia de las artes, y cuya utilidad particular se deriva de su uso en los cam-

---

(1) *Quantulumque respecto á la moneda*, 1682.

(2) *Discurso sobre el comercio*. Prefacio.

(3) *Empresas políticas*, empresa 69.

(4) *Crísis política*, tratado IV, cap. III, párrafo 2.º



bios, uso que acrecienta el valor y estimacion de su esencia metálica, que por ser prenda en esos cambios, no puede ser beneficiada en la industria de no fundirla ; de suerte y manera que conserva y mantiene su valor en uso ó directo, por más que en el comercio de la vida sea aquél sustituido por el valor en cambio ó indirecto mientras tenga la forma y pase de mano en mano como equivalente de los bienes que se truecan.

Si el Gobierno la adultera, si aminora la cantidad de metal noble que contiene cada pieza, exigiendo que se reciba en las transacciones como si tal fraude no se hubiese cometido, el primer efecto que habrá de notarse será que la moneda así envilecida excluye del mercado á la de mejor ley y más apreciada. Aristófanes lo ha dicho : *La mala moneda arroja la buena de la plaza*. El mismo autor cómico llama al oro el dinero nuevo como distinto del viejo , es decir, la plata (1).

Sabido es que no existe invencion que haya sido causa de más invectivas y acusaciones que el numerario. Es de presumir que esas censuras más que al medio que acelera la circulacion se dirigen á los vicios y pasiones que en él pueden hallar un instrumento dócil, ó que por él encuentran ocasion para manifestarse : de todos modos pensamos que por sí sólo produce beneficios, es en extremo útil y es menester que exista en una ú otra forma.

Lucrecio exclama con dolor :

*Aurumque jacebat  
Propter inutilitatem hebeti mucrone retusum ,  
Nunc jacet æs , aurum in summum succesit honorem.*

Virgilio ha escrito :

*Auri sacra fames* (2).

(1) *Las Ranas*, v. 720.

(2) *Eneida*, lib. III, v. 56.

Horacio ama la medianía y apostrofa al oro culpable :

*Aurum per medias ire satellites,  
Et perrumpere amat saxa, potentius  
Ictu fulmineo. Concidit auguris  
Argivi domus, ob lucrum  
Demersa exitio: diffidit urbium  
Portas vir Macedo, et subruit æmulos  
Reges muneribus; munera navium  
Sævos illaqueant duces.  
Crescentem sequitur cura pecuniam,  
Majorumque fames (1).*

Tomás Moro asegura que los vicios y la miseria desaparecerían en gran parte con el dinero. Así en su *Utopía* los criminales llevan cadenas de oro, y con él se fabrican los muebles más humildes del hogar (2). Voltaire juzga que un pueblo que no tuviese más que oro y plata sería muy pobre; un pueblo que sin estos metales trabajase sobre todas las producciones de la tierra sería en verdad el más rico de todos (3). D. Leandro Moratin pone en boca de uno de los personajes de *El sí de las niñas* esta exclamación: ¡ El dinero... maldito sea el que tantos desórdenes origina! (4). Como Licurgo, De Bonald deseaba que la moneda fuese de difícil transporte y se fabricase de hierro. En una comedia no poco aplaudida, M. de Ponsard ha ofrecido el triste cuadro de los males que ocasiona el afán de poseer dinero (5). ¡ Vanas quejas! ¡ Inútiles lamentos! La historia enseña que gentes y naciones poco ó nada cultas han usado monedas, bien que no se compusieran de metales nobles, dando así testimonio de su

(1) *Odas*, lib. III, 11.

(2) *Utopía*, edición de 1535, pág. 115, 197.

(3) *Siglo de Luis XIV*, cap. XXX.

(4) *El sí de las niñas*, acto II, escena IX.

(5) *El honor y el dinero*.



necesidad , y la razon proclama en alta voz que sin el numerario , encerrada la permuta en límites angostos , fuera inútil producir riquezas que no sería dable cambiar , y los sabios , los artistas estarían á merced de los productores de los bienes sin los que no se puede conservar la vida. El numerario es un elemento de independencia y se requiere para el cultivo de las artes. En otra parte hay que fijar los ojos si apetecemos con vivo afán que cesen los viles afectos que como de una planta venenosa, brotan del tallo y de las hojas ásperas de la codicia ; en el progreso moral , en la vida regulada por las leyes morales en mayor grado y en cada momento : para tan alta empresa no negará su concurso la economía pública, que á la postre, entendemos que nace y crece en consorcio y relaciones de paz y de amistad con las ciencias morales y políticas. Si de ellas se apartara y divorciase, la maldeciríamos enojados como los poetas han maldecido el dinero !

Es el precio la expresion del valor en numerario. Mariana juzga que se determina por una relacion entre el valor y la cantidad (1). Segun Locke el precio de una cosa se fija por una relacion tambien, pero diversa de la que señala Mariana: la que hay entre la cantidad y la necesidad, que aumenta ó que disminuye el grado en que es útil un objeto, lo que no influirá sobre aquél, mientras el cambio no altere los términos ántes expresados (2). Shakespeare confunde el valor y el precio, como en otro lugar queda expuesto. Nuestros autores clásicos entendían por el segundo la estimacion de los bienes y la recompensa de las acciones buenas ó malas. Se aumenta si la escasez del objeto va unida al deseo y los medios de

---

(1) *De rege et de regis institutione*; III, 8.

(2) *Cons. sobre las cons. de la baja del interés*. Obras, II, 20.

poseerlo que muestren muchos. *Paucorum furore pretiosa*, como ha dicho enérgicamente Séneca.

El novelista inglés de merecida fama, Wilkie Collins, ataca la ley de la oferta y la demanda. «¿Comprende usted las leyes de la oferta y de la demanda? — Mercy confesó que no las sabía. — *Tampoco yo las comprendo... en un país cristiano*, añadió Julian Grey (1).» Si el atrevido inglés anhela que el rigor de ese principio ceda algun tanto ante los fueros sagrados de la caridad, sea enhorabuena; pero si fuese su intento aherrojar el concurso y libertad de trabajos y permutas, nosotros lo miraríamos con ceño y con disgusto, porque si bien se nota, la oferta y la demanda no cesarán sino holladas por el herrado tacon del privilegio ó del despotismo. Gibbon califica de expediente peligroso y mortífero la medida en virtud de la cual Diocleciano quería regular y poner límites al precio del trigo (2). Nosotros entendemos que el erudito historiador inglés tiene razon.

Herodoto refiere que los antiguos egipcios habían transformado en medio de crédito muy eficaz las momias de sus antepasados, dadas en prenda y garantía del cumplimiento del contrato de préstamo (3). Montesquieu opina que en los estados despóticos se presta más á la persona que á los bienes; y que en los gobiernos moderados se debe tener más confianza en la probidad de los hombres. En ellos cabe mejor la cesion de bienes (4). Goethe ha consignado en sus escritos el profundo pensamiento que sigue: «La vivacidad del comercio, el roce del papel que reemplaza al oro y la plata acuñados, la recrudescencia de la

(1) *La muerta viva*, pág. 82.

(2) *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, cap. XXIII.

(3) *Historia*, lib. II, cap. CXXXVI.

(4) *Espíritu de las leyes*; V, 15.



deuda para pagar deudas, hé aquí los elementos monstruosos en medio de los cuales se encuentran colocados los jóvenes de hoy. Que den gracias á la naturaleza si los ha dotado de un espíritu bastante justo y poco ardiente, para no dejarse arrastrar por el mundo ó para no pedirle lo imposible (1).» Permitanme los señores Académicos que les haga notar que Herodoto, en el lugar citado, enseña que el crédito pertenece al orden moral, se basa en que las leyes se cumplan. ¿Qué puede valer una momia sin el profundo respeto que profesamos á nuestros padres? Montesquieu nos indica que esa extraña y á las veces maravillosa combinacion del honor, del trabajo que en lo porvenir se ejecuta y de la solidaridad entre los hombres, requiere la libertad, y que el Estado no intervenga de manera que no ampare sino que oprima. Goethe, por último, descubre con su claro ingenio los grandes y por todo extremo temerosos azares que corre la sociedad contemporánea por virtud y causa de las instituciones á las que fia el desarrollo del crédito. Es indudable, que merced á las mismas los pueblos modernos han llegado casi á lo imposible. Su comercio y su industria han tomado la forma de empresas, que sostienen capitales enormes y mueven miles de brazos; sus tendencias políticas; sus guerras de colosos; sus súbitas é inesperadas catástrofes; sus empréstitos, que exigirían para cegar el abismo que se abre á sus piés, haber hecho un pacto perpétuo con la fortuna; esos títulos que ponen en sus manos la riqueza de las generaciones que no han nacido todavía; todas estas condiciones y sucesos de nuestro siglo llegarán á producir en nuestra mente una concepcion inexacta de la realidad y á llevarnos al término de censurables extravíos, si no escucháremos las lecciones de la razon y de la ciencia. Hoy es, y la prensa euro-

<sup>1</sup> (1) *Máximas y reflexiones*, pág. 363.

pea muéstrase llena de inquietud y sobresalto, al ver, por una parte, la cifra á que llegan los ejércitos permanentes de las más poderosas naciones de Europa, y por otra, la extension de sus presupuestos, que son más y más cada día, una carga abrumadora para sus súbditos. Los tiempos venideros se habrán de señalar por graves crisis y quizá violentas reformas y mudanzas; que cuando las cuestiones de hacienda y del trabajo exigen solucion sin espera, y llega ese momento supremo en que es preciso resolver, por doloroso que sea el acuerdo y triste la energía que demande, experimentan las sociedades hondas y prolongadas sacudidas. Acordaos, señores Académicos, de los siglos XVII y XVIII.

Pasemos á hablar de las vías de comunicacion y transporte.

D. Manuel Tomás Fernández de Mesa pone de manifiesto sus ventajas, con un estilo pintoresco y que merece enaltecerse: «Es una monarquía sin cómodos caminos, escribe, una nave sin remos, un ave sin alas y un cuerpo paralítico en que no puede correr, como conviene, el jugo del gobierno. Por ellos logra el labrador más presto, y á ménos costa, los preciosos frutos, y el dueño sus rentas... y así puede circular mejor en este compuesto de la república, la sangre de las riquezas y los espíritus de la política (1).»

Klemm adivina el curso de las ideas de los pueblos primitivos: «El habitante del litoral más salvaje, afirma, percibe la idea de lo lejano que los bosques vírgenes no pueden inspirar de ningun modo: ve una isla; al momento, su aspiracion á lo desconocido toma cuerpo, por decirlo así. Restos flotantes de los bosques, le enseñan de qué suerte llegará á servirse con más ventaja de los rudos

---

(1) SR. COLMEIRO, *Tratado de Econ. polít.*, II, 278.



troncos para arriesgarse sobre las olas ; un pescado que vaga entre ellas, le ofrece el modelo de un buque (1).»

Franklin creía que la hulla y los canales han hecho de la Gran Bretaña lo que es.

Los escritores de obras literarias se han fijado particularmente en la navegacion. Hesiodo advierte al lector, que si dirige su ánimo imprudente al comercio para huir de las deudas y de la triste hambre, le mostrará la naturaleza del estruendoso mar, al que los hombres se entregan por necesidad, puesto que las riquezas son lo principal para los miseros mortales; mas para el poeta, no es grata la navegacion (2). Sófocles, en aquel admirable trozo de poesia que leyó á sus jueces para defenderse de la acusacion presentada por su hijo Yofonte, de que su juicio flaqueaba, se expresa así: «Aún tengo que celebrar otro mérito de esta ciudad (Colona), dón del poderoso Neptuno y la principal gloria de este país, el arte de domar los caballos, y el imperio del mar: ¡oh! hijo de Saturno, poderoso Neptuno, por ti ha obtenido tanto honor, por ti que le has enseñado el uso del freno que domina el caballo; por ti tambien, el bajel movido por los ágiles remos, vuela con rapidez sobre las olas, siguiendo á cien Nereidas (3).» Horacio se lamenta de que en vano un dios prudente separó las tierras con el Océano enemigo de la sociedad, si las naves impías traspasan esos límites sagrados.

*Nequidquam Deus abscidit  
Prudens Oceano dissociabili  
Terras, si tamen impiæ  
Non tangenda rates transiliunt vada (4).*

(1) *Hist. de la civiliz.*, VII.

(2) *Las obras y los dias*, pág. 43.

(3) *Coro del Edipo en Colona*, pág. 346.

(4) *Odas*, lib. I, Oda III, versos 21-24.

Un dios de la antigüedad intentó tal vez alejar los continentes con los mares procelosos; otro dios, otro genio más poderoso, el del vapor aherrojado por la ciencia, los ha unido en los tiempos modernos. Esta invencion del osado Fulton, ha inspirado á Victor Hugo las líneas siguientes : « El mar, complicado con el viento, es un compuesto de fuerzas. Un buque, es un compuesto de máquinas. Las fuerzas son máquinas infinitas, las máquinas son fuerzas limitadas. »

« Entre estos dos organismos, el uno inagotable y el otro inteligente, se empeña ese combate que se llama navegacion. Una voluntad en un mecanismo, sirve de contrapeso á lo infinito. Lo infinito contiene tambien un mecanismo. Los elementos saben lo que hacen y adonde van. Ninguna fuerza es ciega. »

« El hombre debe espiar las fuerzas y procurar descubrir su itinerario. »

« En tanto que se encuentra la ley la lucha continúa, y en esta lucha, la navegacion por medio del vapor es una especie de victoria perpetua que el género humano alcanza incesantemente en todos los puntos del mar. »

« Lo que hay de admirable en la navegacion por medio del vapor, es que disciplina al buque. Disminuye la obediencia al viento y aumenta la obediencia al hombre (1). »

El genio del hombre ha ido más allá todavía en esa perpétua victoria sobre los elementos de la naturaleza, y ha inventado los caminos de hierro.

Prados floridos, lago murmurante,  
Abras profundas, hórrido torrente,  
La llanura sin límites, enfrente,  
Negro y brumoso el mar en lo distante.

---

(1) *Los trabajadores del mar*. Vers. esp. de D. Antonio Ribot, lib. VI, III.



Tiniebla y luz en sucesion constante,  
Ya tocando el zenit, ya en la pendiente,  
Un vértigo de imágenes la mente,  
Y vuela el tren flamígero adelante (1),

ha escrito el poeta cubano D. Enrique José Varona. En un lenguaje propio del hecho que describe con imaginacion de fuego, D. Manuel María Fernández y González habla en estos términos de la máquina que mueve los carros de nuestros ferro-carriles: «Sobre el dragon de hierro, que tiene la melena de humo, los ojos de viva llama, respiracion de gigante, y que silba como reptil inmenso, hendía la niebla, sondeaba el negro espacio y devoraba la distancia. La electricidad, hermana del rayo, iba anunciando su paso, y el vapor, hijo hercúleo engendrado en las entrañas hulleras del planeta, le obedecía como siervo (al obrero mecánico). Jinete en el caballo del progreso, cuyo casco destroza el hierro mismo, salvaba el áspero monte y luego el hondo barranco... mientras luchaban el huracan y el vapor, y éste rugía y la luz del relámpago esmaltaba la férrea paralela de cárdenos colores, así llegaba el tren á su destino (2).»

## V.

El hombre es un sér débil puesto en parangon con las grandes fuerzas que le rodean ; su poder se halla no más que en su razon, en su espíritu. Para encarnar su pensa-

---

(1) *Arpas amigas*, pág. 41.

(2) *Las abejas*.

miento en la materia, para dilatar imperioso el círculo de sus deseos, que renacen sin cesar como las zarzas y espinos de las selvas, para que pueda esperar lo por venir sin pali-decer y sin sobresalto, para que mire sonriente á sus hijos y no le asalten súbitos y angustiosos temores: á fin de que se eslabonen las obras y los proyectos de las generaciones, y de esta suerte, que de otra alguna no fuera posible, ad-quieran como un sello de majestad y de grandeza, al modo y por los pasos y términos que las del antiguo Egipto ó de la admirable Roma; á fin de que libre y emancipada, por decirlo así, la sociedad civil de los cuidados del sustento de cada dia, le sea concedido volar por los espacios de las eternas aspiraciones, de las gozosas y espléndidas crea-ciones del ingenio; á fin de que halle puntos de apoyo para acercarse á los muy lejanos y remotos ideales del desen-volvimiento moral y político, preciso fué consagrar en un dia feliz, con las creencias religiosas de los primeros pue-blos el derecho de propiedad. Sin él no habría division del trabajo, ni vida de familia, ni cultura intelectual, ni noble y amada independencian, ni grandeza moral que no fuese una rebelion, ni genio que no avasallare á sus conciuda-danos y acabara por destruir el órden de cosas existente.

No han sido los economistas los primeros que han dicho que su origen es el trabajo. Locke es el que ha formulado esta doctrina: «Aunque la tierra y las criaturas inferiores sean comunes, cada uno tiene un derecho particular sobre su propia persona. El trabajo de su cuerpo y la obra de sus manos son sus bienes propios. Todo lo que ha sacado del estado de naturaleza por sus afanes y su industria á él solo pertenece (1).» Vico opina que los primeros hombres que abandonaron la vida vagabunda, ocuparon las tierras y permanecieron largo tiempo en

---

(1) *Ensayo sobre el Gobierno civil*, II, párrafo 25.



ellas, se hicieron sus dueños por derecho de ocupacion y de una posesion dilatada (1).

Nosotros no pensamos así: el trabajo no basta para fundar el derecho de propiedad: semejante teoría no explica la intervencion del poder social, de la ley; con ella nos sería punto ménos que inexplicable determinar los límites que traza el legislador á la posesion y al dominio; somos de parecer que en la naturaleza limitada del hombre y en la falta de libertad y de razon del mundo exterior, unidas al trabajo, han de verse los fundamentos del derecho de propiedad. Shakespeare escribe, guiado por el vivo sentimiento de la realidad, que la naturaleza quiere que se respete el de cada uno (2). Reid contradice la afirmacion del autor del *Troilo y Crésida*. Segun aquel filósofo el derecho á que aludimos no es natural, sino adquirido; no deriva de la constitucion del hombre, sino de sus actos. El hombre hace la tierra, ha afirmado enérgicamente Michelet (3). No cabe, por tanto, imaginar que carece de correspondencia y apoyo la doctrina económica sobre la raíz y causa primera de la propiedad.

Es una forma importante de la distribucion de la riqueza el salario. Retribucion que abraza la suerte y el destino del mayor número de hombres, del 75 por 100 de la poblacion; renta del trabajo manual, que en su desarrollo, en sus alteraciones, en sus cambios más ó ménos probables viene á constituir la temerosa y grave cuestion social que en nuestros dias ha sustituido á las luchas de ricos y pobres de Atenas, de patricios y plebeyos de Roma; que como la esfinge de Tébas amenaza la existencia de los pueblos modernos; que guarda en sus entrañas volcáni-

---

(1) *La ciencia nueva*, lib. II, cap. II.

(2) *Troilo y Crésida*, acto II, escena II.

(3) *El pueblo*, pág. 11.

cas la paz ó la guerra, como los pliegues de la toga del embajador romano ; y que será preciso resolver, ó sufrir uno de esos fieros golpes de la desgracia y del mal que suelen producir en el ánimo del que lee la historia la sencilla reflexion de que era menester que así aconteciese, por un conjunto de causas, que despues de transcurrir algunos siglos, parecen evidentes y de todo punto justificadas. Hé aquí una indicacion de la necesidad del salario, que parece buscada en la obra de un economista : «*el sudor del trabajo dejaría de correr si no tuviera su recompensa* ;» es de Shakespeare (1). Voltaire pensaba que el obrero debe estar reducido á lo necesario para trabajar (2). El mismo escritor juzgaba que era necesario que hubiese hombres que no tuviesen más que sus brazos y su buena voluntad; pero que estos mismos hombres, que parecen ser el desecho de la fortuna, participarán de la ventura de los demás y tendrán libertad de vender su trabajo á los que quieran pagarlo mejor (3). Al leer estos párrafos creeríamos que habían sido trazados por la mano implacable de algun adepto de la escuela inglesa, por algun discípulo de David Ricardo. Estos no han dicho que los obreros debían estar á merced del que les diese más salario, ni contentarse con el diario y preciso sustento ; mas han intentado probar que las leyes de la renta y de la poblacion los retendrían siempre en los límites de aquella suma de artículos, que segun los climas y el grado de cultura de los pueblos se requieren para subsistir. Chateaubriand era de opuesto dictámen al de Voltaire : ha dicho que el salario es el último eslabon de la cadena de la servidumbre, y Tocqueville la postrera injusticia de la ri-

---

(1) *Cimbelino*, acto III, escena VII.

(2) *Siglo de Luis XIV*, cap. XXX.

(3) *Diccionario filosófico*.



queza. Lamartine ha escrito que conocía dos escuelas en economía política, una de libertad y otra de restricción, y añade: «ambas nos parecen falsas; aquélla no tiene entrañas, y ésta carece de medida en la pasión del bien. Establecemos entre las dos la misma diferencia que media entre una crueldad y una ilusión, y para resolver el problema de los salarios tomamos de la una la luz del cálculo, y de la otra el fuego de la caridad (1).» Unos han acusado de inexactos los pensamientos de los autores de *Los Mártires* y de *La Democracia en América*, mientras que otros los han enaltecido, pues que en su juicio reina en nuestro tiempo el feudalismo industrial, una clase media que después de haber emancipado la industria por la fuerza, la rige y la gobierna, y con ella al mundo moderno: para los mismos, Lamartine es un demócrata que siente en un alma más ardiente que convencida, afecto al socialismo y amor á la revolución. Estamos muy lejos de pensar que acierta el Sr. Carreras y González cuando juzga que es más sonora que exacta la frase de Chateaubriand (2) más arriba transcrita. El salario que nosotros conocemos tiene y presenta un carácter histórico y no racional ó armónico con la economía política abstracta ó filosófica. Después que los siervos de la gleba se convirtieron en colonos, y los colonos en pueblo, los cánones del arrendamiento del suelo feudal se trocaron en renta estipulada, y la merced, el precio que el noble y el caballero otorgaban y satisfacían por sus trabajos domésticos, se generalizó en los gremios; y de aquí la extensión é importancia que ha llegado á tener el salariato. No es éste la forma, ni el régimen de que perciban una porción de la renta nacional los trabajadores manuales, en una socie-

---

(1) *La Presse* de 29 de Diciembre de 1844.

(2) *Trat. did. de Econ. polít.*, pag. 319.

dad que ha tocado en su marcha progresiva las cimas de una suprema cultura. Si suponemos que se reunen y congregan propietarios de tierras, capitalistas y obreros para producir, ¿qué ley regirá la division de los productos que entre ellos debe verificarse? Sin duda que la de una distribucion de los beneficios y un reparto y asignacion de las pérdidas, al tenor y medida de la parte que toma cada uno en dar origen á los bienes y valores. No es otro el principio fundamental de la ciencia en la teoría del repartimiento de las riquezas. Si así no sucede, es porque un hecho histórico se opone, y porque la triste condicion de los obreros no les permite esperar el éxito de la empresa, ni sufrir las pérdidas que es dable ocurran si el buen suceso esperado se trocara en mala ventura. Mas aún dadas estas postreras circunstancias favorables, no es ménos cierto que un gran número de aquéllos carecen de pan bastante para sustentar sus esposas y sus hijos, y nos inclinamos á la doctrina de los *Katheder-socialisten*; el estado que debe tener más latas atribuciones que las que se complace en concederle la escuela de Smith, de Bastiat y de Cherbulliez, las asociaciones privadas y los mismos operarios están llamados á resolver esta crisis y á conjurar el grave peligro, que al modo que algunas vivas llamaradas y algunos estremecimientos del Etna son como anuncios y mensajeros de una erupcion que se acerca, así parecen próximos á estallar un día sobre nuestras inquietas cabezas, sobre esta sociedad ya tan hondamente perturbada. Esta explicacion nuestra era necesaria en nuestra humilde opinion, para que se comprendiese el sentido quizá profundo y filosófico, que contienen las máximas que no hace mucho hemos copiado de las obras de Chateaubriand, de Tocqueville y de Lamartine.

Las penas, los crueles sufrimientos de los obreros han hallado eco en intérpretes llenos de pasion y de elocuen-



cia. De los primeros trabajadores de las minas de Egipto, asegura Diodoro que destituidos de toda esperanza, miraban lo por venir como peor que lo presente, y que la muerte les parecía preferible á la vida (1). Libanio, en su *Censura de la pobreza*, presenta la esclavitud como mejor tratada y más exenta de cuidados que la libertad sin riquezas (2). Ciceron habla de esos tristes contratos en virtud de los cuales hombres libres por su nacimiento, pero apremiados por la necesidad, se vendian, para convertirse en colonos y gladiadores (3). Philarete Chasles ha trazado el cuadro sombrío de las torturas que sufren los modernos trabajadores en los términos siguientes: «Los unos enterrados en las minas extraen los metales símbolo de la riqueza; otros perecen creando esos objetos de lujo, que hoy son considerados como de primera necesidad, esos espejos en los que se admiran las mujeres con tanta complacencia; á cuántos hombres han costado la vida esos maravillosos objetos! Hasta el que dora esos brillantes bordados paga con su salud la gloria de enaltecer y perfeccionar los productos del arte del vidriado; porque el empleo de sustancias peligrosas, la manipulacion del oro, de la plata, del cobre, lo exponen á la epilepsia á la parálisis nerviosa. Mortífero estado cuyos peligros sólo acierta á conjurar en parte la ciencia, en virtud de sus preciosos descubrimientos en nuestros dias (4).» ¡Ah! es duro, es duro trabajar toda la vida, durante largos dias, suelen repetir los obreros ingleses al entonar una cancion de su pais. M. Alexis de Saint-Chiron cree que algunos hombres, por fin, comienzan á cansarse de tantas pruebas estériles, de

(1) *Biblioteca histórica*, lib. III, cap. 1.

(2) Tomo IV, pág. 983.

(3) *Pro Roscio Amerino*, 6.

(4) Discurso pronunciado acerca del progreso en el grande anfiteatro de la Escuela de Medicina, á ruego de la Asociación politécnica.

tan prolijo esperar, durante el cual la esencia misma de la criatura de Dios se degrada y enflaquece. De Bonald apunta reflexiones más tristes todavía. Según el autor francés, el operario de las manufacturas, que se consagra á trabajos sedentarios en lugares cubiertos, á quien es preciso trabajar de noche para subsistir, para acrecentar su módico salario, desfallece muy pronto y enferma. Casi nunca ahorra ni para sus años postreros, ni para su familia..... Cuando las flaquezas de su vida han agotado sus fuerzas no tiene más recursos que la mendicidad ó los hospitales (1).

La mujer, por desgracia, ha tomado parte en las rudas labores de los hombres; la necesidad, la miseria no han permitido que fuese la guardadora casta y vigilante del hogar, la cabeza y el primer obrero de ese taller el primero de todos; que su existencia, bajo el punto de vista económico, se consagrara á disponer y preparar cuanto se requiere para que el hombre libre de cuidados domésticos, se dedique á sus ásperos y perpétuos trabajos. *La mujer separando la grande tapa del ánfora esparce el líquido que contiene*, dice Hesiodo (2). Las egipcias se ocupaban en todas las operaciones de compra y de venta que se hacían fuera del hogar, si hemos de creer á Herodoto (3). En Egipto los hombres, según leemos en Sofócles, permanecen sentados en la casa, ocupados en tejer el lienzo, mientras que sus compañeras se marchan para procurar la subsistencia de su familia (4). Virgilio refiere los afanes de la esposa del labrador:

*Interea longum cantu solata laborem,  
Arguto conjux percurrit pectine telas* (5).

(1) *De la legislación primitiva.*

(2) *Las obras y los días*, pág. 32.

(3) *Historia*, lib. II, cap. XXXV.

(4) *Edipo en Col.*

(5) *Geórgicas*, lib. I, v. 293.



Horacio nos recuerda la provechosa actividad de las Sabinas y de las Apulienses :

*Quod si pudica mulier in partem juvet  
Domum, atque dulces liberos,  
Sabina qualis, aut perusta solibus  
Pernicis uxor Appuli (1).*

Por rápida transición llevamos á nuestros oyentes á los tiempos modernos; y les rogamos que fijen su atención en la obrera. Qué desgarradores, qué solemnes, qué inspirados en profunda melancolía son los acentos de la canción inglesa que se titula *La camisa*.

Trabaja, sí, trabaja hasta que el día,  
Perdido el seso, te sorprenda y caigas  
Dormida en tu labor, y hasta soñando  
Te figures que estás dando puntadas.  
¡ Hombres que madre ó que mujer teneis !  
¡ Padres con hija ! ¡ Hermanos con hermana !  
¡ No es ropa lo que os cubre, que es la vida  
De unos seres humanos. Sí, nos matan !  
Trabaja sin cesar, para que al cabo,  
Como en cárcel estés á pan y agua.  
¡ Oh Dios ! ¡ cuán caro el pan, qué caro todo !  
¡ Y la carne y la sangre qué baratas (2) !

El poeta que ha compuesto este canto popular supone que la obrera tiene lienzos, tejidos que coser por un jornal muy bajo; pero hé aquí que se inventa la máquina destinada á esa labor femenina, y despues de este invento en qué emplearán sus brazos las mujeres? Este temor ha asaltado el ánimo de Michelet: « Dos acontecimientos importantísimos han cambiado la suerte de la mujer de pocos años á esta parte. Antiguamente no tenía más que dos

(1) *Las Epodas*, lib. II, v. 39.

(2) Traducción de D. Manuel María Fernández y González. *Las abejas*.

oficios en que elegir : hilar ó coser.—Pero no sucede ya así; las cosas han cambiado. La máquina de hilar ha suprimido primero la hiladora ; no se ha perdido sólo un salario sino tambien una infinidad de costumbres. La aldeana hilaba sin abandonar el cuidado de sus hijos, el aseo de su casa , etc. Hilaba por las noches ; en los caminos miéntras apacentaba las vacas ó los corderos.—La costurera, á su vez, trabajaba todo el dia en su hogar, interrumpiendo su labor los cuidados domésticos. Se inventa la máquina de coser, y queda suprimida la costurera.—El progreso de las máquinas, la baratura y la perfeccion del trabajo harán descender los productos á todas partes. Nada hay que decir ni hacer contra la mecánica; esas grandes invenciones son al fin y al cabo un beneficio para la especie humana, bien que sus efectos sean crueles en los momentos de transicion (1).» Michelet expone la doctrina racional y filosófica en punto á las máquinas, pero respecto á los salarios creemos más atinado el dictámen de Roscher : la mejor division del trabajo es aquélla que hace de la mujer el tesoro de la casa.

Como quiera que sea, esos terribles sufrimientos de las clases trabajadoras, ese harto lento ascender en la escala del bienestar y la cultura, esas locas esperanzas que las revoluciones les han hecho concebir, esos deseos sin nombre como la obra de las brujas de Macbeth, constituyen un grave peligro para nuestra sociedad; como más arriba hemos dicho, la transicion á nuevos organismos sociales se hace de dia en dia, más y más necesaria. « No nos engañemos, predecía en grave y solemne ocasion la *Revista ecléctica* de Inglaterra ; es imposible que esa muchedumbre de menesterosos aumente sin que el incendio de nuestras haciendas, sin que nuevas y terribles insurrecciones

---

(1) *La mujer.*



(las del hambre), no expongan la Gran Bretaña á una guerra de esclavos más temible que la que conmovió el poder de los Romanos.» Recordáronse con este motivo las siniestras palabras de Schiller : «Es preciso que el hombre pueda decir que alguna cosa es suya, ó llevará por donde quiera el asesinato y el incendio (1).»

Algunos pensarán tal vez que no es posible producir cambio alguno ni en el régimen del salario, ni en las relaciones del capitalista y los obreros ; mas nosotros observáramos á los que imaginaran que era fatal é ineludible semejante inmovilidad con Lamartine : « Dios ha dado hasta aquí por base á la familia y al orden social la propiedad. Tal vez la humanidad descubrirá un dia otro principio social : no se puede negar nada, ni afirmar cosa alguna de lo desconocido. El horizonte de la humanidad se dilata y se renueva á proporcion de los pasos que da... Es preciso tocar al cielo con los deseos, pero tambien á la realidad humana con los hechos, y volver á proclamar el principio que dá á la vez, la verdad especulativa y la fuerza práctica , la esperanza indefinida del perfeccionamiento de las sociedades civiles, y la regla, la moral y la medida que pueden sólo dirigirlas (2).»

Los obreros, en su mayor parte, eran esclavos en los tiempos antiguos. No se imagine, que á excepcion de Aristóteles, que si justifica la esclavitud, en el término de esa singular justificacion aduce argumentos á los cuales él no responde, ni otro alguno pudiera hacerlo, los escritores paganos dejen de ofrecer para el que los leyere atentamente ideas, reflexiones y hasta como gritos de un alma que se siente herida por la ajena degradacion y el ajeno infortunio, que sirven, á lo ménos en nuestro parecer,

(1) WALLENSTEIN, esc. XI de la prim. part. *El campo de Wall.*

(2) *Política racional.*

como grandes medios de corroborar la doctrina que sustenta y defiende la ciencia moderna respecto á la servidumbre del hombre con relacion á otro hombre; nos fundamos en que los autores clásicos tenían ante sus ojos el melancólico cuadro de las penas, los quebrantos y las injusticias que sufrían los esclavos, y es su testimonio de mayor excepcion. La esclavitud era opuesta al espíritu de familia: Hesiodo dice: «Si tu casa carece de siervos, te aconsejo que lleves á tus hogares una esclava sin hijos, porque es molesta la sierva que los tiene (1).» Sófocles pone en boca de Deyanira estas palabras: «Siento profunda piedad al ver estas mujeres infortunadas, errantes en tierra extranjera, sin parientes, sin asilo, que pasan tal vez de una dulce libertad á una ignominiosa esclavitud (2).» En la misma tragedia, el heraldo Licas refiere á la esposa de Hércules hablando de la cautiva Yole: «Entregada á su infortunio, no ha cesado de derramar lágrimas desde que ha perdido á su patria azotada por los vientos. La fortuna le es adversa, y tiene derecho á la compasion.» Eurípides ha escrito un verso admirable por su verdad y energía: «El esclavo sufre el mal bajo la coaccion de la fuerza.» Un poeta latino ha hecho esta protesta de la igualdad de los hombres:

*O demens! Ita servus homo est.*

Ciceron afirma que somos ciudadanos de la misma ciudad, y Séneca amigos en la desgracia. Plinio nos muestra toda la extension del mal que se anida en el seno de la esclavitud, en un solo rasgo lleno de vigor y valentía: «Cultivar por medio de esclavos, es el peor de todos los sistemas, y todo lo que se hace por gentes desespera-

---

(1) *Las obras y los días*, v.

(2) *Las Traquinias*.



das (1).» Columela añade : «Cualquier linaje de cultivo es preferible si se verifica con colonos libres, al que se hace con colonos siervos (2).» ¿Quién no recuerda un famoso raciocinio de Séneca: «¿*Son esclavos?* Son hombres. ¿*Son esclavos?* ; Lo son como tú! El que tú llamas esclavo, ha nacido del mismo gérmen que tú, goza del mismo cielo, respira el mismo aire, vive y muere como tú (3).» Todavía va más léjos Epicteto; sus reflexiones tienen más fuerza y más color: « No hay más esclavo natural que el que carece de razon; mas esto es propio de los animales, y no lo es de los hombres. El asno es un esclavo destinado por la naturaleza á llevar la carga, porque no participa de nuestra razon, ni sabe usar de su voluntad (4).»

No dudemos que los antiguos estimaban la servidumbre como un mal grave, como una grande injusticia, como una institucion que condenaba la filosofia. No esperaban, sin embargo, su reforma ó que desapareciese; su industria, cuyo elemento principal era el trabajo, su estado de profunda desigualdad, su modo de concebir la politica y la guerra, exigían que hubiese siervos; Tito Livio nos da la clave de esta contradiccion, que no es la única de las sociedades paganas: « Los pueblos comerciantes deben trabajar para ti (para Roma); tu oficio es vencerlos y exigirles rescate: continúa, pues, la guerra, por la que eres su dueño, más bien que dedicarte al comercio que los ha hecho tus esclavos. »

Enlázase con el estudio del salario y de los obreros el de la poblacion, materia que puede juzgarse como la más importante de la economía nacional; ¿ qué importan las riquezas sin el hombre? Al propio tiempo que el capítulo

(1) *Historia natural*, XVIII, 7.

(2) *De re rustica*, I, 7.

(3) *Ad Luc.*, 73.

(4) *Arr. Ent. de Epicteto*, II, 8, 10.

ó parte de la ciencia que se consagra al movimiento y cambios de la especie humana, ofrece sumo interes, es el más difícil, el más triste, el que inspira á nuestro ánimo más dudas y temores y á las veces produce desmayo y desaliento. No es fácil poner en armonía el número de habitantes de un país y sus bienes ó riquezas desde el punto y hora en que no nace de una relacion forzada, ni se deriva de la ley, sino que es hija de la libre determinacion de los individuos. ¿Ni cómo creer y seguir á Platon y Aristóteles en las extrañas limitaciones é inmorales reglamentos que profesan y recomiendan? ¿No valdrá lo más mínimo la esperanza de sostener una familia con nuestro trabajo en medio de los grandes progresos industriales y mercantiles de nuestro siglo; en nada estimaremos la posibilidad de que la poblacion, si se aumenta, vea el aparecer y dilatarse de nuevos horizontes de bienestar y de fortuna, por los elementos de nuevas producciones que lleva consigo; en nuestro tiempo, por lo ménos, no confortará nuestro espíritu, no nos dará aliento el saber que hay vastos espacios en el globo, vírgenes de todo cultivo, ó en los que la reja del arado sólo ha abierto surcos bastantes para que germinaran y florecieran las primicias de esos campos? ¿No puede haber hartazgo y desconfianza en los hombres, de sus propias fuerzas y recursos, ora al contraer matrimonio, ora en el número de hijos de los matrimonios contraidos? ¿Por ventura no sabemos que despues de profundo y largo debate en la Academia de Ciencias morales y políticas de París, en el que tomaron parte los más ilustres sabios, se investigaron las causas del decremento de la poblacion en Francia, atestiguada por los últimos censos, de lo que el presidente en aquellas sesiones, M. Hipólito de Passy, llamaba *un exceso lamentable de reserva de una parte de la poblacion en lo que se refiere á la procreacion?* » Es decir, que un pueblo inteligente,



laborioso y rico, cuyas fuerzas productivas si no crecen de un modo absoluto excepto el capital, si se aumentan sus efectos útiles en rápida é inesperada progresion es capaz de ir demasiado léjos en el camino de la restriccion moral; en este caso, ¿qué queda de la fatalidad de las leyes de Malthus? Por otra parte, sentimos estremecimientos en el espíritu, se contrae nuestra frente con hondas arrugas, al pensar que si las nuevas generaciones carecen del pan de cada día, despues de sufrir sin que sonría á su infortunio un día de mañana grato y sereno, perecerán en el mismo número que traspase el postrer límite de los medios de existencia: círculo de hierro que no han de romper ni planes fantásticos de mejoras sociales, ni las aplaudidas inspiraciones de la caridad. No es este el momento oportuno de exponer nuestro juicio sobre asunto tan árduo y sobre tan temerosos problemas: basta á nuestro propósito advertir que hay dos tendencias entre los escritores que no siendo economistas han hablado ó hecho referencia en sus obras á la poblacion; unos coinciden más ó ménos con los temores y las ideas tristes y desconsoladoras de Malthus y su escuela; otros enaltecen el matrimonio y no parecen sospechar siquiera que para las clases proletarias llega á ser fuente de males y causa de miseria; algunos de los últimos conocen la teoría económica y la rechazan y censuran.

Entre los primeros, mencionaremos á Hesiodo, el que piensa que el hijo guarda y mantiene la casa paterna; así se aumenta la riqueza de las familias; que á muchos hijos concede Júpiter grandes bienes; pero el mismo poeta compara las ventajas é inconvenientes de las nupcias (1). Eurípides dice: «Nunca dejaré de negar que las bodas traen

---

(1) *Las obras y los días*, v. 367.—*Teogonía*, v. 600.

más placer que dolor, y así lo infiero de lo que nos refiere la tradicion y de la desdicha del rey (Admeto) (1).» En la misma tragedia el aplaudido vate ateniese se expresa así: «¡Ojalá que nunca hubiese contraído himeneo! ¡Felices los célibes y los que no tienen descendencia! Un alma sola es la suya, y sufrir con ella mediana carga; pero intolerable es contemplar los lechos nupciales devastados por la muerte y las enfermedades de los hijos, dependiendo de nosotros vivir siempre libres de tales molestias.» El coro de mujeres corintias de Medea exclama: «Sea mi galardón la continencia, el más hermoso presente de los dioses (2).» En otro lugar de la misma obra dramática prorrumpe en esta exclamación: «¡Oh funestos casamientos, cuántos males habeis atraído sobre los hombres!» El mordaz Aristófanes parece inclinarse á mirar las nupcias como un mal necesario en *Las mujeres en la fiesta de Céres*. Una esposa, algunos hijos, son para un marido indigente, segun la opinion de La Bruyère, violenta tentación al fraude, á la mentira, á las ganancias ilícitas; ese hombre se encuentra colocado entre la maldad y la indigencia (3). Fergusson, aludiendo á las leyes que premian la fecundidad de los precoces enlaces, pregunta: «¿Será menester que el hombre de estado añada algun incentivo al ardor de la juventud? (4).» Diderot cree que el nacimiento de un hijo, mirado siempre como un aumento de riqueza para la nacion, es con más frecuencia y más seguramente, un aumento de indigencia para la familia (5).» Schiller ha escrito en *La intriga y el amor*: «Oh mujeres! ¡Eterno enigma! Vuestros músculos

---

(1) *Coro de Alceste*.

(2) MEDEA, *Coro*, *Antistrofa* 1.<sup>a</sup>

(3) *Los caractéres*.

(4) *Historia de la sociedad civil*, III, 4.

(5) *Suplemento al viaje de Bougainville*.



delicados soportan el crimen que devora la humanidad en sus raíces (1).»

Son muchos en cambio, el mayor número, los poetas y filósofos que dedican páginas brillantes á elogiar el vínculo que une los cónyuges y las ventajas y consuelos que proporcionan los hijos. Desde Homero, sublime cantor de la casta Penélope, desde Sofócles, que pinta por contraste en el *Edipo rey* la ventura de un enlace protegido por los dioses en oposicion al creado por la fatalidad, desde Jenofonte que traza en sus *Económicos* el cuadro del amor, de los deberes y trabajos de dos esposos que pueden estimarse como un modelo, larga enumeracion sería dable hacer de los autores que han dado á la estampa sentencias ó juicios opuestos á la teoría científica de la poblacion. No conduce al fin á que este trabajo se encamina, referir tales datos y noticias; bástenos con citar exprofeso dos opiniones ó modos de pensar muy bien caracterizados; pertenecen á Milton y á Goethe. El poeta de la creacion y de la inocencia del primer hombre exclama entusiasta y convencido: «Salud, amor conyugal, ley misteriosa; verdadera fuente de la vida, única propiedad de la naturaleza, sola en el Paraíso en que todos los bienes eran comunes. Tú preservas al hombre del ciego furor adúltero reservado á las inclinaciones caprichosas de los brutos; tú eres el que haces conocer por vez primera y que purificas, consagras y ligas esos dulces vínculos de la sangre, esos títulos sagrados de padre, de hijo y de hermano; léjos de mí, ¡oh casto himeneo! juzgarte como un error ó una vergüenza, creerte indigno de penetrar en el más santo asilo; oh fuente inagotable de las dulzuras íntimas de la vida, el lecho de himeneo es casto y puro, que se aprueba en lo pasado como en lo presente; el himeneo ha recibido en su

---

(1) *La intriga y el amor*, acto V, esc. VII.

seno á los elegidos, á los venerables patriarcas ; en él se arma el amor de sus flechas doradas ; en él arde su inextinguible antorcha ; en él vuela con alas de púrpura ; en él se halla su reino deleitable ; en él derrama sus inefables placeres que no procuran jamás esas sonrisas mercenarias, esas caricias venales, esa embriaguez sin cariño de una amante impúdica ; no se encuentran, nó, esos puros placeres en los deleites fugitivos, ni entre las favoritas de las cortes, en las que cubiertas de máscaras ridículas se abandonan á danzas lascivas (1).» Goethe admite que el matrimonio es el primero y último grado de la escala de la civilizacion ; dulcifica las costumbres del hombre salvaje, y proporciona al hombre civilizado medios nobles y grandes para practicar las más difíciles virtudes. El es la base de toda sociedad civilizada, de toda moral posible (2). En los fragmentos que acabo de leer, hay perfecta armonía con el parecer y dictámen de aquellos que ven en las aplicaciones de la teoría de Malthus un peligro para la moral, un escollo para la virtud, la falta de consuelos en la vida, la flaqueza y degradacion de los nobles y elevados afectos. Milton habla de los sentimientos puros, de los vicios en que el alma se degrada por no contraer matrimonio el hombre, y Goethe de que es la piedra angular de las leyes morales que es posible aplicar. Las bodas habrán, pues, de ser casi universales entre los hombres.

Voltaire háse mostrado adversario de Malthus. «Los hombres, dice, no se multiplican tan fácilmente como se piensa (3) ;» y en otro escrito : «La poblacion se ha triplicado desde Carlomagno. Digo que se ha triplicado, y es mucho ; no se propaga en progresion geométrica. Todos

---

(1) *El Paraíso perdido*, canto IV.

(2) *Las afinidades electivas*, 1.<sup>a</sup> part., cap. IX.

(3) *Historia general*, cap. I.



los cálculos que se han hecho acerca de esa pretendida multiplicacion, son absurdos. Si una familia de hombres ó de monos se multiplicase de ese modo, la tierra, desde hace doscientos años no tendría con que alimentarla. La naturaleza sabe conservar y restringir las especies: se asemeja á las parcas que hilaban y cortaban siempre. Sólo se ocupa en los nacimientos y en la destruccion (1).» Muchos han repetido las frases elocuentes de Lamennais: « Hay lugar para todos sobre la tierra, y Dios la ha creado bastante fecunda para satisfacer abundantemente las necesidades de todos. El Autor del universo no ha hecho al hombre de peor condicion que los animales: ¿no están todos convidados al rico banquete de la naturaleza? ¿Uno solo de ellos está excluido? Las plantas de los campos extienden unas cerca de otras sus raíces en el suelo que alimenta á todas, y todas crecen en paz; ninguna de ellas absorbe la sávia de las otras (2).»

Nosotros deducimos de lo expuesto, que el principio de la poblacion de Malthus no se confirma con la aprobacion secular de las obras literarias; sabido es que los tratadistas de economía política no están conformes en el juicio que merece el ensayo, lleno de melancólica erudicion y de sombrías predicciones, del sacerdote anglicano: y aún admitiendo, como admitimos, que el mayor número de autores se inclina á sus ideas primeras y cardinales, siempre resultará que le falta una consagracion, que una vez obtenida, fuera bastante para que las últimas penetrasen en el dominio de la opinion universal. ¿La conseguirá en lo por venir? Mucho lo dudamos.

Bueno es que á vueltas de estas contrariedades, el hombre, el escritor, no sea calumniado. Nuestros poetas dra-

---

(1) *Diccionario filosófico*, V. Poblacion.

(2) *Las palabras de un creyente*.

máticos se burlan ya de los ignorantes impugnadores del sabio historiador, filósofo y economista inglés. ¿Me toma usted por un Malthus? — exclama en la comedia de Monsieur Enrique Monnier, José Prudhomme, indignado, aunque confiese á su interlocutor, que le pregunta quién es Malthus, que lo sabe tanto como él.

El exceso de poblacion, vicios de la constitucion social ó deficiencia de las riquezas creadas si se comparan con el número de personas entre las cuales deben dividirse, son causas del pauperismo. Para Hesiodo se halla su raíz en la ociosidad, en que no se trabaja. *El hambre es la compañera del perezoso* (1). Qué bien retratan los primeros versos del Edipo en Colona la condicion de los que viven á expensas de la caridad! «Hija de un anciano ciego, Antígona, ¿quién acogerá hoy con una pequeña limosna á Edipo errante? Pide poco, obtiene ménos, y ese poco le basta. Los sufrimientos, el tiempo, y en fin, mi valor, me enseñan á contentarme con ello (2).» Juvenal y Marcial se expresan sobre los antiguos desheredados de la fortuna como si aludiesen á los modernos (3). El primero refiere que los obreros vivían en casas incómodas, sombrías, fáciles de incendiarse, y por las que satisfacían elevados precios de arriendo; y el segundo, deplora la triste condicion de los pobres que nada pueden esperar de lo por venir. D. Ventura de la Vega ha hecho el retrato del pauperismo romano en bellos y armoniosos versos:

De balde como:

Pilas de jaspe en que bañarme tengo  
 Cuando el ardor canicular, y estufas  
 Donde burlar los frios del invierno;  
 Fieras y gladiadores en el circo:

(1) *Las obras y los dias*, pág. 36.

(2) *Edipo en Colona*. Edipo, pág. 317.

(3) *Sátira III*, v. 160, 190 y sig.—*Epigramas*, v. 81.



En el teatro farsas de Laberio :  
Y luego al fin del año en los Comicios  
Al que me da más suma el voto vendo.  
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto  
Me dió César un campo; pero presto  
Me cansé de labrarlo (1).

En los tiempos modernos no es mayor el número de indigentes, pero nos cuidamos más de su suerte y quisiéramos hallar remedio para sus males. Sabemos que nos hacen correr grandes riesgos. Fenelon afirma que la miseria enciende por todas partes la rebelion. Otorgaríamos en nuestras leyes un derecho *propter vitam*, un derecho á la asistencia? Así lo creían en la pasada centuria. Raynal juzga que ántes de ninguna ley social el hombre tiene derecho de subsistir. « El Estado debe á sus miembros, en sentir de Montesquieu, una subsistencia asegurada (2). » Goethe, inspirándose en ideas más sanas y aplicables, profesa una opinion distinta. « Es preciso ser justo y moderado en todo, dice, hasta en la beneficencia; dónes hartos frecuentes y harto considerables, son más bien un incentivo que un socorro para el pobre, miéntras que es provechoso y bueno aparecer algunas veces en el camino, bajo la forma de un azar feliz que le procure un socorro momentáneo (3). » En otro lugar del mismo libro, el gran poeta aleman añade : « Acusamos sin razon á los pobres, y sobre todo á los niños que mendigan á través de los campos, porque buscan en qué ocuparse útilmente desde que encuentran ocasion y medio (4). » Goethe señala la verdadera teoría social y económica; proporcionar trabajo en la medida de lo posible; dar socorros con mesura y sin

(1) *La muerte de César*, acto III, esc. II.

(2) *Del espíritu de las leyes*, lib. XXIII, cap. 29.

(3) *Las afin. elect.*, 1.<sup>a</sup> part. VI.

(4) *Las afinid. elect.*, part. 2.<sup>a</sup>, cap. IX.

dejar entrever que serán permanentes, no privando del poderoso estímulo de la responsabilidad propia á los necesitados ; hé aquí el desideratum de la escuela economista. Por él ha sido objeto de amargas censuras , de apasionadas invectivas. Lamartine pretende que los economistas no tienen más religion que la aritmética : ellos apartan la sociedad de sus grandes deberes, y dejan hacer y pasar la miseria y la muerte (1). Wilkie Collins dice sarcásticamente : « Entró con timidez ( una niña pobre ) sorprendida , maravillada , convertida en estúpida por la magnificencia de todo lo que la rodeaba... ; La infeliz niña de las calles de Londres ! ; La criatura favorita de las leyes de la economía política ! El salvaje y terrible producto de un sistema de gobierno gastado y de una civilizacion podrida hasta la médula (2). » ; Qué injusticia ! La ciencia económica, cuyas profundas doctrinas han sido parte para aumentar los bienes y valores en mayor grado que nuevas máquinas ó sabias combinaciones del taller industrial, acusada de dejar hacer y dejar pasar la miseria y la muerte, de que su criatura favorita es el pauperismo. ¡ Qué descubran su faz esos acusadores ! Uno de ellos, en 1848, consintió que hubiese talleres nacionales , abismo que iba á absorber el producto de numerosos impuestos, y del que iba á nacer la discordia y el motin ; el otro, fantasea un mundo nuevo, el mundo socialista, en el que no habría á la verdad las casas de la capital de Inglaterra decoradas por nuestra admirable industria, ni podrían ser objeto del asombro de la adolescente que vive en sus calles !... Pero estas infelices, que no tienen pan, ni hogar, habrían tambien desaparecido ? Es menester disminuir el rápido aumento de la poblacion, ó dando alas al de las fuerzas pro-

---

(1) *El consejero del pueblo.*

(2) *La muerta viva*, pág. 306.



ductivas acrecentar las riquezas ; de otra suerte , y por opuestas sendas , las últimas capas sociales serán estrechadas por el infortunio y por la muerte ; este es el dilema : la ciencia no ha producido las causas de ese despiadado conflicto ; aminora su rigor y sus efectos. ¿ Lo dudais ? Pues bien ; volvamos á los privilegios y monopolios ; á las aduanas interiores y al sistema mercantil ; al impuesto de los asentistas , á los vigésimos y gabelas ; hagamos pedazos nuestras máquinas , y alcemos barreras en los alrededores de nuestras provincias á los ferro-carriles ; altérese la moneda , y pongamos las esposas del arbitrio del poder á las instituciones de crédito , y demandemos despues á la estadística si es menor el número de esas familias que por carecer de todos los bienes de la vida constituyen , son la masa que forma el pauperismo. Creemos , con M. Greg , que no es equitativo que la sociedad se encargue de asegurar á todos sus miembros de sus propios errores , y que los sabios , los laboriosos , los previsores , paguen un impuesto para los pervertidos y los imprudentes (1).

D. Enrique Gaspar ha hecho la siguiente pintura de la miseria contemporánea , de aquel linaje de indigentes que se complacen en afrentar con su porte nuestro modo de ser , nuestras costumbres : « La fatalidad , la desgracia , mi propio carácter , no sé quién me ha hecho descender del elevado pedestal de mi opulencia á la cripta más inmundada del pauperismo... He paseado por el mundo mi hedionda corteza con toda la desfachatez de la desesperacion (2). »

Algunos políticos y tratadistas de materias económicas , han creído hallar en la emigracion uno de los remedios al mal que nos ocupa. Los poetas no ven en aquella otra cosa que una lamentable desgracia. Para Eurípides no

---

(1) *Ensayo de la ciencia política y social.*

(2) *El estómago*, acto I, esc. VI.

hay mayor mal que habitar léjos de la patria (1). El mismo célebre autor trágico, piensa que el destierro trae consigo muchos males (2). Horacio condena el afán de alejarse de nuestro suelo natal:

*Quid terras alio calentes  
Sole mutamus? patriæ quis exsul  
Se quoque fugit?  
Scandit æratas vitiosa naves  
Cura, nec turmas equitum relinquit* (3).

Delille tiembla por la suerte de los emigrantes, y pide que no sea brusca su partida. «Preparad su destierro: un paso súbito hácia un cielo extranjero es con frecuencia un peligro (4).» ¡Con qué pincel tan vivo y tan poético retrae de su empresa Madame Tastu, á los que quieren pasar al otro lado de los mares (5)! Así son arrojados esos hijos de la miseria de este suelo inhumano, en donde desde hace mucho tiempo la fatiga no tiene salario, ni el trabajo pan!... ¡Para qué transportan más allá de esas aguas profundas los cuidados de hoy! Es mejor morar, languidecer y morir en este viejo mundo, y tal vez con él!....» Nuestro admirable poeta lírico Quintana alude á los que van á buscar nueva morada en climas y lejanas tierras en los siguientes versos (6):

Adios, amada patria; adios, hogares:  
El hombre audaz en la orgullosa popa  
Al volver de las ondas se confía:  
En vano el rumbo le negaban ellas,  
El le arrancó en el cielo,  
Al polo refulgente y las estrellas

(1) MEDEA, *el Coro*.

(2) MEDEA, *Jason*.

(3) *Odas*, lib. II, oda 13.

(4) *Los tres años*.

(5) *Poesías*.

(6) *Oda al mar*.



No son vanas estas quejas, ni deja de fundarse en la razon el dolor que expresan, ni de ser simpático el sentimiento que las inspira. No se encuentra de ordinario más allá del Océano, con ásperos afanes, la ventura y el bienestar, sino que casi siempre la tierra prometida oculta en su seno falaz, acerba lucha con la naturaleza ó los hombres, esfuerzos mal remunerados, la miseria envenenada con el recuerdo de la patria. Todo esto es cierto, pero hemos de convenir asimismo, en que mirando esos viajes y alejamientos de las sociedades ya de antiguo formadas, bajo el aspecto de la division del globo entre los pueblos, de la perfecta y más provechosa posesion de los agentes naturales y de la cultura general, sería harto diverso nuestro juicio.

Despues de tratar del salario y la poblacion en la forma y de la manera singulares y limitadas que convienen á nuestro propósito, pasemos al exámen de las manifestaciones que el interes del capital presenta y ofrece en las obras literarias. De la economía y del ahorro nace el capital, y el préstamo de éste da derecho á un beneficio, á una renta, la que nace del uso de la riqueza acumulada. El ahorro es difícil; nos inclinamos tan fácilmente á la disipacion!

Marcial dice bien en uno de sus epigramas: *Tu padre, Filomuso, te deja al morir todos sus bienes. Tu padre, Filomuso, te arrebató tu patrimonio.* Forbonnais explica el interes del capital de este modo: «Algunos particulares ahorran la suma de dinero superflua para satisfacer sus necesidades; por consecuencia falta el numerario y los que lo requieren para sus impensas deben ofrecer un beneficio á los propietarios para que vuelva al comercio (1).» Shakespeare se muestra adversario del présta-

---

(1) *Elementos del comercio*, II, cap. IX.

mo. «Procura no dar ni pedir prestado á nadie, porque el que presta suele perder á un mismo tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y de buen orden que nos es tan necesario (1).» El consejo es sano, mas no siempre puede seguirse. La Bruyére observa con razon que hace ya mucho tiempo que hay en el mundo un modo de sacar partido de sus bienes, que continúa siendo practicado siempre por gentes honradas y condenado por hábiles doctores. Ninguna de estas aseveraciones se refiere al préstamo que tiene por fin emplear reproductivamente la riqueza acumulada, y deducir ó restar del beneficio ó ventajas del éxito la parte que se requiere para pagar los intereses. Hé aquí el préstamo que demandan la industria y el comercio, el que pone en sus manos mayor suma de capitales que la propia y extiende la esfera de sus negocios.

La usura, que es una forma del interes, ha merecido severas impugnaciones de autores célebres. Aristóteles llama al interes del dinero una adquisicion contraria á la naturaleza, porque es moneda que nace de la moneda y ésta es estéril; el precio del préstamo la multiplica (2). Plutarco escribió un tratado que tiene por título *Que no se debe prestar con usura*. El historiador de las *Vidas de los hombres ilustres* refiere en la de Craso, que prestaba á sus amigos sin interes, pero que pasado el término exigía el capital con extremado rigor, y de esta suerte el préstamo gratuito que había concedido era más gravoso que una grande ó crecida usura (3). Con lo que en suma se confiesa que hay ocasiones en que prestar con interes será provechoso para el deudor. Hesiodo pide que se cedan

---

(1) *Hamlet*, acto I, escena VIII.

(2) *La Política*, lib. I, 3, 23.

(3) *Vida de Craso*, III.



los frutos de las heredades sin llevar por ello premio alguno ; mas apartándose del sentir de otros clásicos griegos , aconseja que se devuelva lo que se recibió en la misma medida y aún más si fuere posible (1). Séneca da nueva forma á los argumentos que empleó Aristóteles (2). En los Anales de Tácito Suilio acusa á Séneca *Romæ testamenta et orbos velut indagine ejus capi : Italiam et provincias immenso fœnore hauriri* (3). El Dante escribe que el usurero sigue otro camino que el señalado por Dios, y ofende la naturaleza en sí misma y en el arte que la imita ; porque pone su esperanza en otra parte (4). Supone Shakespeare que dice estas palabras Antonio y que las dirige al judío Silok : No nos prestes como amigo ; ¿ por qué ha pensado jamás la amistad en hacer fructificar sus capitales en manos de los amigos ? Presta como enemigo (5). Silok á su vez muestra como motivos de su odio contra Antonio que éste en el sitio donde se reúnen los mercaderes se burla de él , de su comercio y de sus legítimos lucros , que se atreve á calificar de usurarios (6). Juzgamos que en los escritos expresion de la belleza y en los filósofos se halla no más que la enérgica reprobacion de la usura. No fuera quizá inoportuno parar mientes en este divorcio y antagonismo de la literatura y de la ciencia económica.

Permitir todo linaje de interes no nos parece razonable, ni deja de ser peligroso para aquellas personas que confunden la moral con la ley , y estiman como recto é inocente cuanto el legislador no prohíbe, y éste parece ser

---

(1) *Las obras y los días*, pág. 37.

(2) *De beneficiis*, VII, 40.

(3) *Los Anales*, XIII, 42.

(4) *La Divina comedia. El infierno*, canto XI, v. 109-114.

(5) *El mercader de Venecia*, acto I, escena III.

(6) *Ibidem*.

cómplice de los desórdenes que la codicia y el afán del lucro causan y originan. Nó siempre ha obtenido éxito la completa derogación de las leyes que castigaban la usura. Las prácticas usadas en la Edad Media se conservan todavía en las clases inferiores: en ellas el deudor por ignorancia, por no saber calcular las consecuencias de los contratos que celebra, queda á merced de los que prestan: no hay verdadera concurrencia por el misterio que se requiere en estas cesiones de los capitales, y por la censura que la opinión dirige á los prestadores (1). La libertad de estipular los intereses debería reservarse para el empleo reproductivo de los capitales; la economía nacional aspira á que éste tenga extensión y facilidad: otro linaje de préstamo causa males siempre, y no hay para qué darle alas, ni favorecerlo.

Preciso se hace, suspendiendo las consideraciones que atañen al interés, manifestar y poner en claro las ideas contenidas en los escritos literarios en punto á la renta de la tierra. Del seno siempre velado á nuestros ojos de ese misterioso conjunto de potentes actividades, de fuerzas prodigiosas, de leyes naturales que nuestro saber ignora, de gérmenes que la muerte desarrolla, de seres llenos de vida que se mueren para dejar el paso libre á las raíces, los tallos, las hojas, las flores y los frutos que vencen las resistencias de esa silenciosa y perpétua lucha que se realiza en los bosques sombríos y en los campos abiertos á los rayos del sol, surgen riquezas sin cuento para el hombre, que no son las hijas legítimas de nuestros afanes y trabajos; se deben á la misma naturaleza y constituyen para los poseedores del dominio rural un verdadero monopolio. Autores hay que siguiendo las huellas del erudito Carey y del ingenioso Bastiat juzgan

---

(1) ROSCHER : *Principios de Economía política*, párrafo 194.



que el trabajo y el capital se retribuyen con la renta que se paga al propietario del suelo, y ninguna de sus porciones destinase á remunerar la cesion que hace aquél de las facultades primitivas é imperecederas del suelo: pero es llano que la tierra no daría más que zarzas y abrojos sin la actividad del hombre, que arroja á sus entrañas abiertas por la necesidad, las acumulaciones de valores creados anteriormente; sin esas fuerzas inherentes al globo en que vivimos, la produccion agrícola resultaría nula y fuera perniciosa por las sumas perdidas, y para que exista es menester que adjudiquemos las superficies limitadas de las feraces campiñas á personas determinadas. A decir verdad, los autores de obras de literatura se muestran inclinados á dar suma importancia al trabajo, y poca ó ninguna al espacio y lugares en que se manifiesta para producir una serie de grandes y á las veces inesperadas transformaciones.

Sófocles es quizá el único poeta que enalteciendo sobre todo al hombre y sus empresas, dice, sin embargo, que cuando asocia á sus trabajos las leyes de la tierra y la justicia divina, hace la gloria de las ciudades: hé aquí el admirado coro de la *Antígona*: «De todas las maravillas, ninguna puede compararse al hombre. Atraviesa el mar en medio de las tempestades, y se burla de la cólera de las olas. Traza surcos sin descanso en el seno inagotable de la tierra, inmortal madre de todos los dioses; todos los años rasga y entreabre á la primera con el arado que arrastran vigorosos caballos. El hombre por su industria aprisiona en sus redes las aves y las fieras; en ellas envuelve los habitantes de las aguas; doma por su destreza los monstruos de los bosques; somete al yugo el corcel de flotantes crines y los toros feroces. Se ha apropiado la palabra y el pensamiento aéreo y las leyes que regulan el orden de los estados; ha aprendido á guardarse de los hielos y de la intempérie. Su genio inventivo se precave

hasta de los azares de lo porvenir; las enfermedades más crueles ceden á su arte: tan sólo no halla asilo contra la muerte.—Hábil é industrioso hasta un extremo que no creeríamos, ora se entrega al bien, ora al mal; cuando asocia á sus trabajos las leyes de la tierra y la justicia divina es el hombre la gloria de las ciudades (1).»

En este coro extraordinario son de notar y dignas de estudio las palabras: «El seno inagotable de la tierra;» «la labor del hombre asociada á las leyes de nuestro planeta;» ¿no parece que el más perfecto de los trágicos griegos daba valor á las fuerzas naturales y negaba toda preferencia y preponderancia á los esfuerzos del hombre? ¿No es esta la base de la teoría de Ricardo sobre la renta de la tierra?

Virgilio escribe en sus *Geórgicas*:

*Continuo has leges aeternaque fœdera certis  
Imposuit locis* (2).

Hay en estos versos semejanza con las reflexiones de Sófocles, pero el mismo poeta latino juzga que

*Labor omnia vicit  
Improbis* (3);

y nos invita complacido:

*Adspice et extremis domitum cultoribus orbem* (4);

por cuyas razones pensamos que para el más correcto de los vates, el trabajo importa más que la tierra en la agricultura.

(1) ANTIGONA, pág. 204 de las obras de Sófocles.

(2) *Las Geórgicas*, lib. I, v. 60.

(3) Lib. I, v. 146 y 147.

(4) Lib. II, v. 114.



Algunas dudas nos hacen temer que no apreciamos bien la opinion de Virgilio; no abrigamos ninguna respecto á la del filósofo inglés Locke. En su sentir, nuestro cálculo será muy modesto, si suponemos que nueve décimos de las producciones de las tierras cultivadas son efecto del trabajo: se puede decir que el hombre crea, lo que sería sin él absolutamente inútil. Un campo sin cultivo no es nada; llega á valer algo por el trabajo humano (1).

Schiller se muestra partidario de las ideas expuestas por sus predecesores. «Hemos conquistado este suelo por el trabajo de nuestras manos, exclama Stauffacher en la tragedia *Guillermo Tell*; hemos transformado en habitacion humana el antiguo bosque, que servía en otro tiempo de refugio al oso; hemos exterminado la raza del dragon que vivía con su veneno en estos pantanos; hemos descorrido la cortina de nieblas que en otro tiempo flotaban tristemente sobre este desierto; hemos roto las peñas y abierto sendas seguras al viajero sobre los precipicios. Este suelo es nuestro desde hace mil años (2).» Todavía se muestra más expícito D. Antonio Gil y Zárate en el mismo linaje de asertos que los autores precitados. Guillermo Tell habla á los conjurados para conseguir la libertad helvética:

Por ventura

¿No han creado este suelo nuestras manos?  
¿Cuáles bienes nos diera aquí natura?  
Espesos bosques, fétidos pantanos,  
Peñascos que resisten la cultura,  
Montes guaridas de osos inhumanos,  
Eternas nieves en la estéril cumbre,  
Y nieblas que del sol roban la lumbre.

(1) *Ensayo sobre el gobierno civil*. cap. IV.

(2) *Guillermo Tell*, acto II, esc. II.

Pues bien, la selva do moraba el oso  
En campos y en ciudad hemos trocado,  
El reptil de su estanque cenagoso  
Para no más volver se ve lanzado,  
Y sobre hondos abismos y torrentes  
Camino al viajador abren cien puentes (1).

Y Lamartine dirige este apóstrofe al trabajo de los campos: «¡Oh trabajo! ¡Santa ley del mundo, tu misterio va á cumplirse; para hacer fecunda la tierra laborable es preciso que nuestro sudor la ablande! La tierra que se abre bajo la esteva que adelgaza, se amontona y rompe en pedazos palpitantes, y al entreabrirse arroja humo, como la carne que se hiende y tiembla y humea bajo el hierro (2).»

Al leer con detencion estos pasajes pudiéramos sospechar que los antiguos, que amaban tanto y con tan noble pasion la naturaleza, creían que ésta era el elemento principal, el más importante en la produccion agricola; despues del cristianismo, el nuevo destino designado al hombre, el valor atribuido á su voluntad y á sus actos, sus incesantes esfuerzos para perfeccionarse y hacerse más digno de su futura suerte y condicion, fueron parte para que los pensadores mirasen gozosos y satisfechos los cambios profundos y variados que experimenta aquella parte del globo que habitamos, y proclamasen que no era éste más que un espacio sin influencia en las múltiples y perpetuas manifestaciones de las actividades que el género humano desenvuelve en la arada faz y en las tenebrosas entrañas de nuestra primera madre. Sea lo que quiera de esta reflexion, la escuela de Ricardo por ahora no puede gloriarse de haber obtenido la sancion nacida del

---

(1) *Guillermo Tell*, acto II.

(2) *Jocelyn*, 9.<sup>a</sup> parte, pág. 288 y 289.



asentimiento de la poesía: las doctrinas de Carey y Bastiat son más bellas, más gratas, porque conceden al hombre mayor independencia, y más consoladoras, porque con ellas unimos con eslabones de hierro el mayor número de riquezas creadas á la población. No sabemos si de este modo es dable explicar la preferencia más arriba notada en los escritos literarios; por lo que á nosotros hace la elección no es dudosa; dirémos con Sófocles, que no es hacedero lograr los apetecidos frutos si las fuerzas de la tierra no se unen á las ménos poderosas del hombre.

Rasgo característico es del empresario tomar sobre sí los azares y peligros que truecan en desgracia y en infortunio las fundadas esperanzas de un suceso y término felices. Jenofonte lo ha adivinado: entiende que es peligroso empezar una obra nueva. El que puede dirigir una empresa benéfica se hace rico: pero para el que no encuentra semejantes ventajas, perecen los trabajos iniciados y se pierden los gastos hechos (1). En idéntico principio funda la economía nacional el origen y la ley que rige las ganancias de aquel linaje de productores.

## VI.

Los bienes se destruyen al usarlos. Si el hombre los abandona, seres avizores y parásitos, plantas de anchas hojas y espinas agudas los menoscaban, deforman y consumen; si por el contrario, en ellos buscamos el término de necesidades que han de renacer más tarde, después de

---

(1) Rentas del Ática, IV.

sufrir lentas metamórfofis, sus utilidades se pierden y sus materiales elementos van á confundirse en medio de esas acciones y reacciones de la naturaleza que el ojo más perspicaz no puede seguir, ni la imaginacion más viva y caprichosa adivinar. Tal es su destino, el mismo que se dilata á todas las cosas que nacen y aparecen sobre la tierra.

El más temible y enérgico de todos los consumos, se verifica por la misma naturaleza. El fuego que oculta en sus senos recónditos, las impetuosas corrientes de las aguas, las iras del mar y de los vientos, las destructoras influencias del mundo orgánico bajo los Trópicos, las temerosas borrascas en los declives de las montañas arrojan al abismo del no sér económico, esto es, de la destruccion de la utilidad y del valor, masas considerables de riquezas. Virgilio expresa de esta suerte las ruinas que causan los accidentes naturales:

*Quotium Cyclopum effervere in agros  
Vidimus undantem ruptis fornacibus Ætnam,  
Flammarumque globos liquefactaque volvere saxa* (1).

Longfellow, en una poesía que maravilla por la invencion y el sentimiento, retrata los males y temores que producen las fuerzas del globo que no es dable vencer y encadenar:

¡Ay de la tierra que su campo ensancha  
A los piés del peñon amenazante!  
Roja ceniza que los cielos mancha,  
Exhala el palpitante,  
Vencido pecho del feroz gigante.  
Y viñedos, y huerta, y selva, y prado  
Inunda polvorosa la ola oscura,  
Cuando el fiero Titan encadenado  
La frente alzar procura  
Entre las rocas de su cárcel dura.

---

(1) *Las Géorgicas*, lib. I; v. 471-473.



¿Veis la cárdena luz que al orbe aterra?  
Los ojos son que abrió relampagueando:  
Y el viento, que los pinos de la sierra  
Mece iracundo ó blando,  
*Encélado, despierta*, va clamando (1).

La destruccion de los bienes muebles, de los productos fabriles, es fácil y rápida; la tierra subsiste con sus facultades primitivas é imperecederas: apénas el trabajo solicita y demanda su concurso, tornan á mostrarse dóciles y fecundas. Ardua y costosa empresa es reedificar la casa del magnate; pocos dispendios y esfuerzos exige alzar de nuevo las rústicas cabañas. Schiller lo entiende y estima así: «El suelo que cultivamos resiste á las tempestades. Que el incendio consuma nuestras aldeas, que los caballos de los grandes y de los príncipes pisoteen nuestras mieses; una nueva primavera será la cuna de nuevos gérmenes, y nuestras ligeras chozas se reconstruirán sin obstáculos (2).»

El lujo existe en todo estado de cultura, aunque esta no fuere refinada. La ciencia que profesamos no se muestra enemiga de los esparcimientos, agrado y placeres que le debemos, siempre que no sea inmoral, es decir, que sacrifique á deseos ilícitos y censurables la satisfaccion de necesidades verdaderas, ó que exista, merced á los sufrimientos y desgracia de nuestros semejantes. La literatura moderna no rechaza, ántes confirma estas ideas de la economía nacional. Los antiguos, en general, condenaban el lujo, en el que veían un peligro para la sencillez de costumbres y para la virtud. Plutarco, Plinio, Séneca, censuran la que juzgan molicie y afeminacion de hombres en los que aman la energía y el menosprecio de los place-

(1) *Encélado*, trad. de T. Llorente, pág. 155 de *Legendas de oro*.

(2) *Juana de Arco*, Prólogo, esc. III.

res (1). Entre los mismos escritores de la antigüedad algunos no son tan severos. Heráclides creía que el lujo era el medio principal de inspirar á los hombres la grandeza de alma y el valor; y que el entusiasmo que origina aseguró á los atenienses la victoria de Maraton (2). Ateneo refiere que se juzgaban los estóicos como malos ciudadanos, porque su sencillez y parsimonia perjudicaban al comercio (3). Los principios de Polícrates, en la historia de Herodoto, tienden á disculpar las profusiones de los príncipes (4). Algunos autores distinguen entre el lujo de los bienes durables y el que se manifiesta en manjares, vestidos y adornos, en objetos que se consumen con rapidez; en el primero hay ménos peligro de que pierda su fortuna un particular ó se empobrezca una nacion. De este modo de pensar son Tito Livio (5) y Plinio (6). Tácito, que en sus *Anales* transcribe la carta dirigida por Tiberio al Senado sobre el vigor y autoridad de las leyes suntuarias, indica, como causas de la antigua moderacion y economía, que cada uno limitaba sus deseos, que todos eran ciudadanos de idéntica república, y no había los mismos incentivos para los que sólo dominaban la Italia. El famoso historiador escribe á este propósito, que quizá todas las cosas están sujetas á cambios periódicos como el orbe, que las costumbres varían al tenor de los tiempos, y que no fué mejor todo lo que hacían los antepasados (7). Sabido es que llegó hasta la locura y la insensatez el desenfreno, vanidad y

(1) *Vidas de los hombres ilustres*, Lúculo, LVI, LVII. — *Hist. nat.*, XXIII, 1, 4, 43.

(2) *Eliano*, V. H., IV, 22.

(3) *Obras de Ateneo*, IV, pág. 163.

(4) *Lib. III*, cap. 39.

(5) *Historia*, lib. XXXIV, cap. 7.

(6) *Hist. nat.*, lib. XIII, cap. 4.

(7) *Los Anales*, lib. III, 54 y 55.



molície del pueblo romano. Séneca ha lanzado á aquella extraordinaria perversion el célebre anatema: *Hoc est luxurice propositum gaudere perversis* (1). No hay para qué decir que la ciencia económica ve en esos actos, que no creeríamos á no referirlos la historia, consumos sin relacion con la fortuna y los elementos productivos de aquella sociedad, y que corrían parejas con el origen vicioso de sus riquezas y con los medios tiránicos de renovarlas. La ciencia, como Gibbon, juzga que los prolongados desórdenes del imperio eran como efecto de la desesperacion, á la manera del marinero que se embriaga por última vez, al hundirse su nave entre las olas (2).

De los escritores modernos, muchos y de reputacion universal defienden el lujo. Shakespeare pone una sentencia muy notable en boca del rey Lear: «Sobre las necesidades no hay que razonar; no hay mendigo que aún en su mayor indigencia no se permita algo supérfluo. No concedas á la naturaleza más que lo que exige, y rebajas al hombre al nivel del bruto; si para tu lujo basta que te abrigues (se dirige á Regana), ¿por qué esos vestidos que llevas y que sólo imperfectamente te guardan del frio (3)? Martínez de la Mata afirma que decir que á los vasallos los han destruido los gastos supérfluos, no es entender el modo con que se sustenta la multitud honesta y quietamente, porque si no hubiese las artes y ciencias que á muchos parecen supérfluas, impertinentes y nada necesarias á la vida, sería la república alarbe. Saavedra Fajardo opina que se puede dudar si es de ménos inconveniente el abuso de los trajes, que la prohibicion no observada, ó si es mejor disimular los vicios ya arraigados y adultos, que llegar

---

(1) *Epístola 122.*

(2) *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, cap. XXVII.

(3) *El rey Lear*, acto II, esc. IV.

á mostrar que son más poderosos que los príncipes (1). Mariana muéstrase indulgente con aquellos gastos supérfluos que se destinan á muebles ó joyas que por largo tiempo se usan sin detrimento, y severo con las impensas que tienen por fin cosas de poco momento y que en breve se pierden y destruyen (2). Mandeville defiende el lujo, pero entiende por esta palabra toda satisfaccion superior á las más estrictas necesidades de la existencia (3). Si creemos á Montesquieu, aquél se halla siempre en proporcion de la desigualdad de las fortunas: si en un estado las riquezas están divididas igualmente, no habrá lujo. Si los ricos no gastan mucho, los pobres se morirán de hambre; es preciso que los ricos gasten al tenor de la desigualdad de sus bienes (4). Voltaire cree que el esplendor de las artes, que la pompa mundana son la señal de un reino feliz (5). El escéptico escritor disculpa las profusiones de Luis XIV dando por razon que el numerario no salía del país (6). Hume hace notar que para el florecimiento de las artes, para que el comercio pueda transportar á los diversos pueblos sus productos, se requiere que haya algun deseo de expansion y agrado de la vida, y que no se pretenda que ésta sea severa y parcimoniosa (7). Ferguson piensa que el fausto y el refinamiento de los placeres pertenecen á épocas diversas y aún á aquellas que no han brillado por su cultura; que no sería razonable oponerse y contrariar lo que tienen de grato ciertas costumbres y modos de ser, mas no niega que la molicie y afectos poco nobles y viciosos suelen ser

---

(1) SR. COLMEIRO. *Hist. de la Econ. polit. en España*, 2 vol., pág. 535 y 536.

(2) *De rege et de regis inst.*, III, 10.

(3) *Fábula de las abejas*, 1706.

(4) *Del espíritu de las leyes*, VII, 1, 4.

(5) *Apología del lujo*.

(6) *Siglo de Luis XIV*, XXX.

(7) *Discursos*. Núm. 2, *Del refinamiento de las artes*.



compañeros del lujo (1). Uno de los personajes de la novela de Goethe *Wilhelm Meister* exclama: «¡Cuán locos son los poetas y los llamados hombres razonables que claman contra el adorno y el lujo, y quieren ver á las mujeres de todas clases vestidas de una manera sencilla y conforme á la naturaleza (2)! El poeta frances Saint Roman ha dicho: «Como el astro brillante que sale del seno de las olas para enriquecer cada una de las estaciones, así el lujo embellece el mundo, cuando lo dirige la sana razon (3)! Por último, Jacobi entiende y estima que el lujo es cosa muy relativa... que puede haber naturalidad y sencillez en un palacio, y lujo y vanidad en una choza.

En suma, y si paramos mientes en las varias opiniones que acabamos de traer á la memoria, notaremos que para los autores griegos y romanos el lujo era capaz de inspirar nobles afectos, que se censuraba á los que eran moderados en sus gastos, porque causaban perjuicio al comercio, y creían que eran ménos perjudiciales la ostentacion y fausto en las cosas durables, que las que hacían gala de objetos que tras breve tiempo se destruyen; que para los modernos no es posible trazar una línea divisoria entre lo supérfluo y lo necesario, y todos tienen alguna parte de lo primero; el lujo no puede prohibirse sopena de oponerse al florecimiento de las artes, á los actos que hacen la vida ménos triste y áspera, á la cultura de una sociedad que estima algo más que las satisfacciones groseras del orden material; que el lujo embellece la vida y que presenta y ofrece un carácter relativo. La ciencia que profesamos admite y defiende todas ó la mayor parte de estas proposiciones: es más: hay, si

---

(1) *Historia de la sociedad civil*, VI, 2, al final de la obra.

(2) Primera parte, lib. III, cap. XII.

(3) *Poesías líricas*.

bien se mira, casi paridad entre el aserto de Jacobi en el postrero lugar transcrito de la enumeracion que precede y el comienzo del capítulo que á esta materia consagra uno de los más ilustres economistas contemporáneos (1). No es preciso decir que la economía nacional no acepta las ideas de Voltaire y de Montesquieu; el lujo no depende de la desigualdad de los bienes, porque existe entre los que poseen módicos recursos y aún entre los menesterosos, y es mejor que los ricos empleen productivamente su fortuna, proporcionando trabajo á los pobres, que gasten de un modo excesivo sus rentas: las profusiones de las córtés causan grave daño á los súbditos por el sufrimiento y las privaciones que originan los impuestos que agravan ó renuevan, y es indiferente que el dinero que en aquéllas se invierte quede ó salga de la nacion.

No es dable terminar el exámen de las relaciones de la ciencia y la literatura en este punto sin mencionar expresamente los más notables adversarios del lujo en los tiempos modernos. Fenelon escribe: « Como la demasiada autoridad envenena los reyes, el lujo envenena una nacion entera. Se dice que el lujo sirve para sustentar los pobres á expensas de los ricos: como si los pobres no pudiesen ganar su vida más útilmente, multiplicando los frutos de la tierra, sin afeminar á los ricos por el refinamiento de los deleites. Todo el pueblo se acostumbra á juzgar como necesidades de la vida las cosas más superfluas: todos los dias se inventan nuevas necesidades, y no es dable prescindir de aquellas cosas que no se conocían treinta años ántes (2). » Rousseau y Pinto en sus escritos han declamado contra los gastos hijos de la vanidad y del orgullo, pero más todavía se refieren á los vicios y males

---

(1) ROSCHER. *Princ. de Econ. polít.*, párrafo 224, pág. 223 del 2.º vol.

(2) *Las aventuras de Telémaco*, lib. XXII.



inherentes á toda civilizacion que llega á un alto grado de desarrollo (1). Genty cree que el lujo nace de las grandes fortunas adquiridas en el seno de las ciudades, y por consiguiente en el trastorno de las riquezas y de las fuerzas públicas : es de parecer que la desigualdad de los bienes es necesaria, y que existen causas facticias de esta desigualdad, y enumera los beneficios inmoderados de la hacienda, las prodigalidades del soberano, los privilegios y los monopolios que reunen en la cabeza de algunos elegidos, las ventajas del comercio y de la industria, las inmensas fortunas que son fruto de las más felices conquistas, y las sangrientas querellas de los reyes como las fuentes nocivas de los peligros y desventuras de que se queja (2). Las fortunas rápidas y excesivas de todos los que rinden culto al lujo muestran al vulgo que las riquezas son pocas veces el precio del mérito y del trabajo útil, y deben excitar la codicia y contribuyen á que los hombres sean ménos delicados en los medios de enriquecerse (3).

Estas acusaciones, estas protestas de sencillez antigua y de varoniles virtudes, estas elocuentes demandas ante el tribunal de la filosofía para obtener una sentencia de reforma de las costumbres, si hasta aquí no han logrado el mejor éxito, no por ello deben mirarse con irónica sonrisa ; que á la postre habrémos de convenir en que no está exento el lujo de males, ni es lícito absolverle como ajeno á toda perversion y á toda miseria: pero sí lo será recordar que la ciencia no cubre con su escudo más que aquellos gastos supérfluos ó que exceden de los consumos que requiere el sustento de la vida y la condicion de las personas, que se estiman como útiles para que las artes

---

(1) *La nueva Eloisa*, IV, 2.—*Ensayo sobre el lujo*, 1762.

(2) *Discurso sobre el lujo*. P. parte. pág. 11, 25.

(3) *Ibidem*. S. parte. pág. 43.

progresen y para constituir un fondo de reserva ; y siempre que no se pospongan á los goces materiales , el cultivo del espíritu ó de las facultades intelectuales , con lo que creemos que no dejará de dársenos la razon si no admitimos las conclusiones de los autores, algunos ilustres, que miran con ceño y con disgusto el coste y pérdida de valores á los que hacemos referencia.

Vamos ahora á detenernos un instante en el impuesto. Estúdiase en nuestros dias bajo una faz nueva. Su teoría establece los principios que han de dirigirla en las ciencias jurídicas y políticas, y no tan sólo en la economía nacional. El derecho de exigir contribuciones fúndase en la esencia misma de la sociedad , y el tributo que el individuo debe pagar al Estado es consecuencia de la justicia natural y social , y nó de las pretendidas ventajas que reporta, como se ha dicho hasta aquí ; es el impuesto la parte de la renta que se pide á los súbditos , por su público y general deber de conservar la vida social , sin ningun propósito que concierna á la utilidad de los servicios públicos de parte del contribuyente (1). Exige una porcion de lo que el individuo produce, y á la que no se extiende el derecho de dominio de éste, porque la existencia del Estado es necesaria.—El círculo de los gastos de la Hacienda se dilata hasta conseguir los fines de una cultura general, y no son tan solamente para el Estado simples medios fiscales, sino que son además un medio de política social , para llevar á cabo grandes empresas y para reparar los males é injusticias no curados , ni corregidos todavía.

Sully decía que la contribucion debiera ser la parte que cada uno lleva á la vida civil para participar de sus

---

(1) SCHAFLE : *Sistema de economía humana* , II, pág. 395. — SCHMOLLER : *Principios*, pág. 46. — CUSUMANO : *Las escuelas económicas*, pág. 191, 139.



beneficios, proporcional á las ventajas que logra el contribuyente (1). Montesquieu afirma que las rentas del Estado son una cuota que cada ciudadano da de sus bienes para obtener la seguridad del resto, ó para gozar de él agradablemente (2), y Mirabeau cree que el tributo no será más que un anticipo para obtener la proteccion del orden social, una condicion impuesta á cada uno por todos (3). Maneras estrechas, parciales, sin la necesaria amplitud para señalar bien los caractéres del impuesto; que se explican como una protesta de aquellos sabios y oradores contra el despotismo y la opresion de ciertas formas de gobierno y de ciertos períodos históricos, pero que no corren parejas con los ideales de nuestra ciencia contemporánea.

El legislador ha de inspirarse en principios de justicia y de moderacion al determinar que se cobren los tributos. Montesquieu observa que la naturaleza es justa con los hombres; ella les recompensa sus afanes; ella los estimula á ser laboriosos, porque á mayores trabajos ofrece premios mayores tambien; mas si un poder arbitrario nos priva de las recompensas de la naturaleza, tornamos á mirar con repulsion el trabajo, y la inaccion parece ser el único bien. Hume, poco tiempo despues, expresaba el mismo pensamiento (4). Lamartine es de parecer (5) que si no probais que un impuesto es justo, nada habeis probado ..... vuestro tesoro se llenará de millones, pero tambien se llenará de quejas de los pobres, de murmullos de los partidos y de maldiciones.

Yerran los que han pretendido que eran los tributos

---

(1) *Las economías reales.*

(2) *Del espíritu de las leyes*, lib. XIII, 1.

(3) *Proclama á los franceses sobre la contribucion patriótica.*

(4) *Del espíritu de las leyes*, XIII, 2.—*Ensayo sobre los impuestos.*

(5) *Discursos.*

el mejor uso y empleo de la fortuna de los particulares. Voltaire era intérprete de este error cuando decía : «El rey de Inglaterra dispone de un millon de libras esterlinas para gastar todos los años..... Millon que vuelve al pueblo por el consumo (1). Federico II aseguraba que si el soberano tiene el espíritu instruido y recto el corazón dirigirá sus gastos de suerte y manera que produzcan las más grandes ventajas á sus pueblos (2). El emperador Napoleon III ha comparado las tasas y gabelas á la blanda lluvia que cae sobre las tierras y las hace fecundas. Con mejor acierto escribía Vauban que los reyes están verdadera y muy esencialmente interesados en no exigir penosas cargas de sus pueblos (3). El vasallo emplea productivamente los frutos de su trabajo ; con sus rentas mejora sus fincas, extiende y trae materias primas á sus talleres, ó enriquece con preciadas mercancías la quilla de sus naves ; el Estado consume ; es por tanto indudable que cuanto más se deje en manos del primero, más riquezas poseerá la nacion.

Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau y Montesquieu han elogiado el impuesto progresivo. El primero por afecto á los pobres, y quizá porque hallaron acogida en su ánimo las ideas medio socialistas de su tiempo : el segundo afanoso de alcanzar una igualdad falaz (4). El último cree que la proporcion injusta sería la que siguiese exactamente la proporcion de los bienes ; y añade refiriéndose á una contribucion establecida en Atenas : «que era justa, por más que no fuese proporcional: no seguía la proporcion de los bienes sino la proporcion de las necesidades. Se juzgó que todos tenemos que satisfacer ciertas exigencias físicas iguales, y no debe gravarse lo que

(1) *Diccionario filosófico*, artículo *Economía*.

(2) *Cartas á M. d' Alembert*.

(3) *El diezmo real*. Emp. 2.

(4) *El Contrato social*.



es menester para este fin : restaba lo útil , que debía sufrir impuesto, pero ménos que lo supérfluo , y que la magnitud del impuesto sobre éste impedía que existiese (1).» La ciencia no da su veredicto favorable á estas peligrosas novedades ; distinguir lo supérfluo de lo necesario es asunto en que tocarémos, si no se nos va á la mano, con el despojo de la propiedad ; y si hay alguno de los *Katheder-socialisten* que por miras no muy diversas, coincide en sus doctrinas con los autores precitados, expone y defiende un tributo de progresiones moderadas , única forma en la que existe el origen de dudas para algunos.

El mundo antiguo y el mundo moderno se diferencian profundamente en lo que atañe y concierne al crédito público. Apenas se conocían los empréstitos, esa enorme palanca que mueve en nuestros días considerables masas de hombres y riquezas, letra de cambio girada sobre lo porvenir, sin límites determinados ; esa fuerza más grande que los gobiernos, los ejércitos y las revoluciones, que exige para no dar en el abismo de la expropiación sin esperanzas haber hecho un pacto eterno con la fortuna, y que encadena las generaciones venideras á esfuerzos tales que basten para aumentar siempre la renta ; por que si nó ¿ como podremos pagar los intereses de esas deudas, hasta ahora nunca vistas, y amortizar lentamente los capitales que representan ? Hemos dicho que en la antigüedad apenas se conocían los empréstitos, porque Ciceron refiere que las ciudades de las provincias romanas del Asia acostumbraban á pedir fondos prestados para satisfacer gastos extraordinarios (2). Tito Livio menciona un préstamo con carácter público durante la segunda guerra púnica (3).

---

(1) *Del espíritu de las leyes*, lib. XIII, cap. VII.

(2) *Cartas á Ático*, lib. IV, 2. *Pro Flacco* IX.

(3) *Historia*, lib. IX, 16.

Parece que también hubo contratos de esta índole en la Grecia, y que tuvieron como garantía los productos de los impuestos (1).

Célebres escritores modernos se muestran partidarios de los empréstitos. Shakespeare habla de los magnánimos acreedores que olvidan la mitad de su capital por el amor de su patria y de la civilización, y Sinclair admira la exactitud del pensamiento del trágico inglés (2). Voltaire creía que un estado que sólo debe á sí mismo no se empobrece, y que sus deudas son un nuevo incentivo para la industria (3). Condorcet juzgaba que tomar sumas á préstamo no era dañoso, sino en el caso de que una parte de los intereses convenidos se pagase á los extranjeros, que no obtienen ventaja alguna en hacer servir sus capitales para los progresos de la industria nacional (4). Y Berkeley comparaba las deudas públicas á minas de oro. No eran, por fortuna, del mismo dictámen Vauban y Boisguillebert, que proclamaron es base de todos los imperios la economía; y que el origen del crédito ha de verse en cumplir fielmente los compromisos que hemos suscrito (5). Montesquieu enseña que algunos han escrito que era útil que un estado se debiese á sí mismo, pensando que así se multiplicaban las riquezas por aumentarse la circulación; que se ha confundido un papel circulante que representa la moneda, ó un papel circulante que es el signo de los beneficios que obtiene ó ha obtenido una compañía en el comercio, con un título que representa una deuda; y que los dos primeros son muy ventajosos para el Estado y el último no puede serlo (6). Y Hume elogia la

(1) БОЕЦК : *Economía política de los Atenienses*, tomo II, c. 18.

(2) *Hist. de la rent. públ.*, tomo III, pág. 63.

(3) *Observaciones sobre las mon., el lujo y los imp.*

(4) *Obras*, tomo IX.

(5) *El diezmo real*, pág. 96 y 97.—*Detail de la France*, cap. VIII, pág. 248.

(6) *Del esp. de las leyes*, XXII, 17.



economía de Isabel I de Inglaterra (1), y advierte que las sumas que hubo de demandar Carlos I á sus ministros y cortesanos y á los comerciantes españoles que tenían en la Torre oro en barras, en 1640, aumentaban mucho el descontento del pueblo, y léjos de remediar su indigencia no hacían más que acrecentar las necesidades (2). El mismo historiador inglés, aunque es opuesto al crédito público, asegura hablando de la violencia que Carlos II hizo á los banqueros en 1672, que no fué obstáculo para que dos años despues encontrase dinero al ocho por ciento, que es esta una prueba palmaria de que aquél no es de una naturaleza tan delicada como generalmente se cree, y sí por el contrario tan robusto que con dificultad se consigue destruirle (3).

Bien que quizá pudiera afirmarse que la economía nacional sigue la corriente de estos últimos importantes autores, por el número y autoridad de los tratadistas que no hallan motivo alguno en favor de los empréstitos, nos contentarémós con aseverar que deben ser hijos de la necesidad y de la prudencia, y que es preciso dar alas á la produccion, despues de contraidos, para que sean reembolsados los acreedores en breve tiempo, ó siquiera pagar sin embarazo y sin ahogo los intereses.

## VII.

Hemos terminado la árdua tarea que nos habíamos impuesto: con mejores deseos que fortuna y capacidad, hemos recorrido los puntos de vista más notables que la

---

(1) *Hist. de Inghlat.*, apéndice III, 3.º, 413.

(2) *Ibidem*, cap. LIII, tomo IV, pág. 28.

(3) *Ibidem*, cap. LXXI, IV, pág. 733.

ciencia económica nos ofrece, y que juzgamos se prestan á hacer patentes las relaciones que es dable señalar en la misma con la literatura; y hemos procurado poner de manifiesto en qué feliz consorcio, muchas veces, la una y la otra expresan y definen, caracterizan y dan vivo color y luz y resplandores á las ideas á que nuestro siglo concede tanta y no inmerecida importancia. Quizá alguno nos tache de harto fáciles en otorgar prioridad á la postrera de esas hijas del espíritu humano en los gérmenes y primeras líneas fundamentales de las teorías que ha profundizado la primera; quizá no falte quien imagine que sin necesidad, sin precedentes y por ligereza, nos hemos atrevido á exigir como título y requisito de inestimable valor á los principios económicos para que lleguen á ser por el mayor número proclamados y enaltecidos, el concurso y aplauso de poetas y filósofos. No tenemos la pretension de que se lleve á cabo y se formule una por todo extremo vasta y difícil síntesis de las ciencias morales y políticas; confesamos con llaneza que á vernos sorprendidos y confusos por aquellas objeciones, nos acogeríamos al ejemplo de los escritores clásicos, griegos y latinos, que con tanto interes y tanto arte, aciertan á extender los límites de su asunto, y á exornar su obra con narraciones y recuerdos que excitan la atencion; y así como meditabundos y heridos por la centella del genio, alzamos los ojos del libro en que leíamos, y nos complace y lleva á las más grandes contemplaciones del ánimo, ver gracias á los ajenos ojos si los nuestros son poco perspicaces, como acontece al que escribe estas líneas, qué formas, qué aspectos, qué cambios, y á las veces de qué suerte y manera se confunde y desaparece en otra diversa, la idea que por algun tiempo era dueña y señora de nuestra mente; y buscáramos un escudo en la autoridad de Hugo Grocio, quien en su obra *De jure belli et pacis*, consigue dar fuerza y vigor nuevos al derecho internacional, buscando



pruebas de universal asentimiento en el testimonio de los poetas, los oradores y los filósofos. Ni con este ni con aquéllos he de comparar este pobre escrito; en ellos fácil es que todo sea talentos y saber, motivos de admiracion y aplauso; y en mí todo errores y desaciertos. Mas á la postre, siempre resultará que he deseado contribuir á un plan y querido enaltecer un propósito que por su naturaleza y los fines que pudieran lograrse, entiendo merece más bien estímulo que censura; y son que las ciencias morales y políticas no se traten ni estudien aisladas y solas, causa de peligrosos extravíos, y raiz de tendencias poco ó nada razonables, sino que por el contrario, inquiriendo afanosos en las fuentes de toda doctrina, de toda manifestacion de la actividad intelectual, y atentos á las grandes y múltiples irradiaciones del espíritu humano, lleguemos á adquirir una firmeza, una amplitud, una y tal grave alteza de miras y un tan extraordinario é imparcial criterio, que se alcancen en breve los más lisonjeros resultados y penetremos más profundamente en los veneros del saber, en los dominios de una envidiable cultura. Si así no fuese, si nos engañáramos, por dicha hoy, se nos abren las puertas de esta docta corporacion, en cuyo seno evitaremos todo yerro y vamos á enriquecer nuestra inteligencia con los tesoros de sus admirados conocimientos, gozosos de que nos sea dable decir con uno de los personajes de la *Antígona* de Sófocles: «Lo mejor es saber todas las cosas, y si nó, lo que sucede de ordinario, es bello instruirse al lado de los que saben.»

HE DICHO.

CONTESTACION  
AL DISCURSO  
DEL SR. D. MELCHOR SALVÁ  
POR  
D. VICENTE DE LA FUENTE.





---

## SEÑORES:

TAREA grata es la que imponen estas Corporaciones á los sujetos á quienes designan para contestar á un nuevo Académico en el acto de su recepcion solemne, felicitándole á nombre de la que tuvo á bien elegirle, y congratulándose á la vez por tan fausto suceso. Fausto y placentero, sí, porque ve la Academia terminado el luto que llevó por la pérdida de un antiguo individuo de ella, y logra tener ocupada una silla que estaba vacante: porque adquiere un nuevo obrero de la ciencia, que coadyuve al desempeño de sus tareas literarias, la auxilie con sus luces y estudios, y reciba al mismo tiempo el honor de tomar parte en sus tareas, como una recompensa de su laboriosidad bien acreditada y del justo renombre de que previamente goza en la república literaria, pues que nó sin aquélla y sin éste se llega hasta este sitio, y á obtener una de esas treinta y seis medallas, que han honrado los pechos de personas distinguidas por su saber, y que merecieron bien de la patria y de la ciencia. En tal concepto viene hoy el Doctor D. Melchor Salvá á llenar el doloroso vacío, que hace algunos meses dejó entre nosotros la sensible pérdida del Excmo. Sr. D. Pedro Sabau y Larroya, nuestro querido amigo y compañero; cuyos méritos ha logrado resumir el



nuevo Académico en sentidas y elegantes frases, cumpliendo con lo que la costumbre, el afecto, la gratitud y la ocasion exigen en casos tales.

Busca la Academia, por lo comun, afinidades entre los Académicos que desaparecieron de entre nosotros y los que vienen á reemplazarlos, como si quisiera vincular en cada uno de sus treinta y seis asientos una especie de homogeneidad de aficiones y estudios, y una tradicional tendencia á determinados ramos de las ciencias morales y políticas; y, si esta saludable práctica se continúa, vendrá á resultar con el tiempo, que cada silla, simbolizando uno de esos ramos del saber, llegaría á representar como un catálogo de varones eruditos y estudiosos, que ilustraron la ciencia en aquel concepto determinado. Tal afinidad resulta aquí en la eleccion del sucesor del Sr. Sabau. Este, dejando la vida burocrática en que pasó su juventud, vino al campo de la enseñanza, alistándose en el profesorado de la Universidad Central. A ella y á la misma Facultad de Derecho, en que sirvió por muchos años y con honra el Sr. Sabau, ha venido á parar el Sr. D. Melchor Salvá, despues de haber ejercido el profesorado honrosamente en la Universidad de Santiago, como Catedrático, prévia oposicion, en la asignatura de Economía política. Vive el Sr. Salvá, asimismo, alejado de la política, como vivió el Sr. Sabau en los últimos años de su vida; y su estilo, sus aficiones literarias y su modo de ver las cosas no discrepan mucho de los de aquél. Viene además á representar aquí uno de los ramos de las ciencias morales y políticas, que tambien cultivó aquél, y que mira con afecto esta Corporacion especial, cual es la Economía política; y en este punto el Sr. Salvá tenía ya formada su reputacion dentro de esta Academia, que de antemano le contaba ya por uno de los pocos, pero muy ilustres Académicos Correspondientes; figurando en su catálogo desde fines de

Octubre de 1872, y cuando todavía era Catedrático de Santiago, en atención á sus conocimientos científicos, relevantes méritos y recomendables escritos en materias económicas. Así que la recepcion del Sr. Salvá en este día y en el seno de la Academia, una vez trasladado él desde Santiago á la Universidad Central, no es sino un acto de espontánea consecuencia con su anterior nombramiento en clase de Correspondiente.

La Academia no ha olvidado tampoco el concienzudo trabajo que presentó en ella, en Octubre de 1876, en su curiosa Memoria titulada: «*Investigacion acerca del capital*;» sobre la cual leyó un curioso informe nuestro dignísimo compañero el Sr. Carramolino, haciendo un prolijo cuanto exacto análisis, con su elevado criterio, y de cuyas resultas la Academia tuvo á bien acordar se incluyera entre las Memorias que se deben dar á la estampa.

Esta Real Academia, desde su creacion, que apenas cuenta cinco lustros, dió plaza desde luego á la representacion de la Economía política entre los estudios que debía cultivar, y los ramos del saber representados en ella. En tal concepto llamó á su seno á los malogrados señores Bravo Murillo, Olivan, Pastor y Moreno López, por no nombrar á otros, que afortunadamente contamos aún por compañeros, aunque su estado valetudinario no les permita favorecernos con sus reconocidos talentos, como ellos quisieran y nosotros deseáramos.

Y á la verdad que tampoco el estudio científico y concienzudo de la Economía política, de un modo formal y didáctico, era muy antiguo entre nosotros, ni precedió mucho tiempo en la enseñanza universitaria á la creacion de nuestra Academia. Que la ciencia económica es antiquísima y sumamente necesaria, que sus nociones no fueron desconocidas de los antiguos, que á veces hasta lograron embellecerlas con poéticas formas, á pesar de su habitual



aridez, nos lo ha demostrado el Sr. Salvá en el discurso elegante que acaba de leer, nutrido de erudicion clásica, y expuesto con bellas formas, cual cumple á la solemnidad y á las condiciones de este acto. Pero no es lo mismo ver los huesos de un gigante esparcidos por el campo, que examinar su esqueleto reuniendo aquéllos, supliendo lo que faltaba y aún rellenando sus huecos, dadas sus formas; ni se lograría tener idea de un edificio, por ver materiales, columnas, capiteles, basas y estátuas esparcidas, yaciendo en el área donde se ha de construir el edificio.

Entre nosotros no podemos remontar al siglo XVI, al siglo de oro de nuestra literatura clásica, el estudio de la Economía política. Nació más bien ésta en medio de la penuria, mala administracion y decadencia del siglo XVII. Las desgracias continuas que venía sufriendo el país desde los últimos años del reinado de Felipe II, y la bancarrota que acibaró los últimos dias de aquel monarca, la ruina de nuestra Hacienda, apenas sostenida con los recursos que venían de Indias, ántes malbaratados que recibidos, hicieron pensar en los remedios; como en casa mal gobernada se habla de economía cuando ya no hay que empeñar, cuando tampoco se encuentra quien preste, y los acreedores llegan en tropel asediando las puertas. Pero los remedios que se presentaban no los suministraba la ciencia, que aún dormía, sino el empirismo, que suele ser el precursor de aquélla. Llamábase *arbitristas* á estos escritores sobre economía y economías, ó más bien hacendistas empíricos, de los cuales *había plaga*, segun decía el Diario de Pellicer, con frase gráfica y muy expresiva. Cuando la Academia llegue á publicar, segun tiene pensado, varios de estos trabajos, rudos é informes, pero no desprovistos completamente de todo mérito, se podrá ver hasta qué punto los gritos del empirismo sirvieron para despertar á la ciencia entre nosotros.

¿Quién dijera que las cuestiones del libre cambio que hoy convierten en verdadero campo de Agramante el estadio de la Economía política, sin poder llegar á una solución científica, ni por asomo, se discutían en las Córtes de Aragon, durante el siglo XVII, nó con ménos calor que se agitan ahora (1)? Un siglo despues, en el gran crecimiento y desarrollo que tomaron en Zaragoza los estudios científicos y literarios, merced á los esfuerzos del Conde de Fuentes, Goicoechea, D. Ignacio Asso y otros, dieron ya casi formados los estudios de la ciencia económica, y ¡cosa notable! se llegó ya á escribir *la historia* de ella en Aragon, por el mismo D. Ignacio Asso, en 1798.

Del mismo asunto escribió tambien D. Tadeo Calomarde (2), cuando aún residía en Zaragoza, y con harta

(1) Discurso foral jurídico-político en defensa de la libertad del comercio en el reino de Aragon, por el privilegio é inmunidad de las generalidades, en nombre de los cuatro brazos que componen su consistorio... que lo escribía de su órden el Dr. José Marcelo de Sotomayor y Uribe, abogado un tiempo de los Reales Consejos de Castilla, y por más de quince años ejercitado en los de Aragon. En Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja, año de 1675. Un cuaderno en fólío de 113 páginas, que puede por tanto considerarse ya como un libro.

Mas á este memorial siguieron cuatro pidiendo la restriccion y proteccion, y estos memoriales estaban escritos por comerciantes y nó por abogados.

El primero de los pelaires de Zaragoza, de pocos años despues (sin fecha) que dice en su párrafo primero: *La prohibicion del comercio de Francia, bien observada, ha de ser la restauracion de este reino.*

Otro segundo en que se pide la libertad de comercio, pero con ciertas restricciones, por José Gracian Serrano y Manero, sin fecha, pero posterior al 1678.

Otro tercero de hácia el mismo tiempo, defendiendo la exclusion de oficio y dignidades de los hijos y nietos de franceses.

Cuarto. De Lorenzo Sanz, secretario de Córtes, sobre los inconvenientes de la libertad de comercio.

(2) Discurso económico político, leído en la Real Sociedad Aragonesa..... por el Dr. D. Tadeo Francisco Calomarde. Madrid, en la oficina de D. Jerónimo Ortega: 1800. Un tomo de 120 páginas, dedicado al Principe de la Paz.



economía, no política sino doméstica, por la escasez de recursos con que hubo de hacer su carrera. Pero él mismo, que logró un premio por sus estudios sobre Economía política, y por esa Memoria que presentó acerca de ellos la cual quizá contribuyó en gran parte á sus medros, y á su inopinada elevacion al poder, la desdeñó luego en el plan de estudios de 1824, que lleva su nombre, aunque no fué suyo: la Economía política quedó rayada en las tablas de la enseñanza.

Y no fué eso tan solo, sino que, al desaparecer aquel plan de estudios, sustituido por otro, algo más ámplio en que se dió cabida al estudio de la Economía, la acogida que se le hizo en los claustros universitarios no fué la más lisonjera. Los que hacía el año 1840 pisábamos las aulas universitarias de Madrid, despues de haber visto cerrarse en pos de nosotros las puertas de la Complutense, no hemos olvidado todavía las burletas, las anecdotillas, y el profundo desden con que se recibió la aparicion de la enseñanza de la Economía en ellas. Y no fué mejor el recibimiento que se le hizo en otras; y aún corrió la voz de que, en Universidad, que ya no existe, había ofrecido un profesor enseñar Economía política por el libro X del *Telemaco*. ¡Increible parece! y yo, por mi parte, necesitaría para creerlo saber el nombre del profesor, y ver, *por mis propios ojos*, como suele decirse, el documento en que constára. Pero ello es que, cierta ó no cierta, esa anecdotilla circuló entre la gente de letras, se propaló y fué creída, y cedió en alto descrédito del profesorado antiguo, de las universidades de entónces y aún de la misma Economía política, sin culpa suya ni de aquellas. Alevoso fué el venablo de Bellido Dolfos, pero, alevoso y lanzado por un infame, mató á un rey: así ciertas anecdotillas, falsas por lo comun y mal intencionadas, matan á veces altas instituciones, y entónces contribuyó quizá aquélla para matar

un establecimiento literario, que merecía suerte más honrosa. También hirió de paso á la enseñanza de la Economía política, pues, al nombrarla se solía aludirla con lo de las aventuras de Telémaco. Y ¿quién no recuerda todavía las burlas de que solían ser objeto algunos de los primeros Profesores universitarios de aquella enseñanza?

Es verdad que tan mala acogida suele hacerse por lo comun á todas las ciencias nuevas, cuando aparecen de pronto exigiendo su enseñanza. No fué la Economía política, ni la primera ni tampoco la última, que fué recibida con torvo ceño por algunos Profesores de las otras, cuando vino á tomar asiento en la mesa, donde aquéllas tenían lugar fijo para el estudio y para la enseñanza oficial.

¿Será que las antiguas, á título de ancianas, miran mal, y con semblante adusto y regañon, á las novedades todas, participando de las cualidades que á los viejos de su tiempo y de los posteriores daba Horacio (1)?

¿Será que á veces las ciencias nuevas se presentan con cierto descoco y petulancia, como diciendo á las antiguas —No sabeis cosa alguna: todo eso que enseñais son antiguallas, rutina y sandeces. ¡Yo vengo á enseñaros y á revelar grandes misterios, que no habeis sabido comprender, y me comprometo á resolver todos los problemas!

Ambas cosas pueden ser, pero no estamos en el caso de deslindarlas ahora.

Recuerdo también, que en la mala acogida, que se hizo á mediados de este siglo á la reaparicion de los estudios de la Economía política, y de su ya olvidada enseñanza, mejor acogida en el pasado siglo, hubo hasta acusaciones de impiedad, de materialismo, y de otras imputaciones no ménos graves, y que faltó poco para anatematizarla, con la precipitacion con que suele hacerlo en nuestra patria la

---

(1) *Laudator temporis acti... censor, castigatque minorum.*



amargura del celo laical, comunmente propenso á lanzar paulinas. Y gracias á que un abogado de Teruel, de ideas profundamente católicas, D. José Soto, que había alcanzado los buenos tiempos, en que aquellos estudios florecieron en Zaragoza, tuvo el feliz pensamiento de traducir al castellano la Economía política cristiana de Mr. Alban de Villeneuve Bargemont (1); y se vió, que la Economía política, como ciencia, nada contenía contra la fe ni la moral, que su estudio no sólo convenía, sino que era necesario á los políticos católicos, y que, léjos de perseguirla con dictérios y sarcasmos, convenía atraerla, acariciarla y darle una direccion conforme á los principios del catolicismo. La sólida y bien merecida reputacion de que el traductor gozaba en la escuela tradicionalista, y las recomendaciones de la prensa religiosa en buen concepto, apagaron aquellos rumores desfavorables y las precipitadas invectivas.

En contraposicion á estos disfavores venían por otro lado teorías de cierto caracter suave y casi ascético. Oíase, por ejemplo, decir á algunos, y vosotros lo habréis oido tambien, señores Académicos, en tiempos no remotos — Los primeros cristianos fueron comunistas; luego no será tan malo el comunismo cuando lo practicaron los primeros cristianos en la época de su mayor fervor y pureza: conviene pues dar á la Economía política un giro cristiano y socialista, y volver á esas prácticas de comunismo. Ahora, poco caso se hace ya de ese argumento, pero solían hacerse los de ese género allá hácia el año 1835 y 1840, en los tiempos de los Sansimonianos, Fou-

---

(1) *Economía política cristiana*, de M. Alban de Villeneuve Bargemont, traducida por D. José Soto. Madrid, imprenta de Dubrull, 1833. Cinco tomos en 4.º—Recomendaron esta obra el periódico político titulado *La Esperanza*, y algun otro de buen sentido.

rrieristas y otros delirantes; y aún despues, cuando se trataba de avenir lo que no puede unirse, y reconciliar lo que es irreconciliable. Pero véase los resultados que dió eso que llamaban *el santo comunismo*. A los pocos años, San Pablo pedía limosna para aquellos primeros cristianos (1). Dios pudo hacer un milagro, pero no lo quiso hacer. Faltaron á las reglas de la Economía política, esterilizaron el capital, y tuvieron que pedir limosna y dispersarse, puesto que así convenía en las altas miras de la Providencia.

A popularizar algun tanto las nociones más elementales de la Economía política, siquiera en Madrid y fuera de las Universidades, contribuyeron no poco las lecciones que dió en el Ateneo D. Ramon Lasagra; y que fueron oídas con avidez por la juventud estudiosa, que oía allí por entónces, con el mayor respeto y entusiasmo, las sensatas explicaciones de Pacheco sobre el Derecho penal, aclarando y mejorando á Rossi, y las del elocuente, y ya más sesudo político, D. Antonio Alcalá Galiano, sobre el Derecho político constitucional. Las lecciones de Lasagra se recopilaron en un curioso tomito, que por entónces fué muy leído por los que deseábamos conocer los adelantos en ese y otros ramos del saber humano (2).

Desde entónces, y sobre todo desde la reforma radical hecha en las universidades y en la enseñanza en 1845, la cual coincidió con la reforma del sistema tributario, de la Instrucción pública y de otras, la Economía política tuvo ya asiento fijo, y no disputado, en las aulas para la enseñanza, y en la opinion pública para su crédito y aplicaciones.

Sin querer, y casi sin pensarlo, he venido á trazar á

---

(1) Epístola 2.<sup>a</sup> á los de Corinto, cap. 46.

(2) *Lecciones de Economía social*, por D. Ramon Lasagra. Madrid, 1840. Un tomo en 8.<sup>o</sup> marquilla,



grandes rasgos algunas noticias acerca del origen de los estudios de Economía política entre nosotros, de un siglo á esta parte, y sus vicisitudes de bien y de malandanza. Al fin, los que en nuestra juventud presenciarnos estos acontecimientos, ya casi olvidados, tenemos el deber de transmitirlos á los que vienen en pos de nosotros, y dejar estas escasas é incompletas noticias acerca del origen de la enseñanza oficial de la ciencia económica entre nosotros, para que las encuentren los que, con mayores datos y con más exquisito empeño, vengán en adelante á escribir su historia desde los tiempos más remotos.

El Sr. Salvá, por su parte, ha traído también para levantar ese edificio más antiguos y preciosos materiales. Todo se necesita, y si yo, dejándome llevar de mi afición á los estudios eclesiásticos, y á la predilección que debo á ellos en mi posición oficial y universitaria, hubiera entrado en el terreno de los libros santos y de la legislación canónica, ¿cuánto no pudiera haber allegado de noticias de Economía política más antiguas que las griegas y latinas, consignadas en la Biblia, y aún de la Edad Media, registradas en las Decretales y disposiciones conciliares? Pero ni yo quiero remontarme á tan altas regiones, ni hace á mi propósito en este día, al saludar, á nombre de la Academia, á un Profesor de Economía política, sino recordar el origen de los estudios de la ciencia económica entre nosotros, y de la enseñanza de ésta desde fines del siglo pasado hasta mediados del presente, en que ya quedó cimentada sobre ancha y segura base, viniendo á ser recibida entre nosotros como ciencia, y ciencia útil y necesaria, hacía el mismo tiempo en que nacía esta Real Academia, en 1857.

Los honores de la sesión corresponden, por derecho y por costumbre, al candidato, á quien otro Académico saluda en nombre de esta Corporación, y dándole su parabien;

y no tan sólo por eso, sino tambien porque no se pierda el grato recuerdo de las sabrosas noticias, que acerca de la Economía política en la pluma de los clásicos antiguos acaba de escuchar con tanto gusto de boca del Sr. D. Melchor Salvá, el cual ha sabido comprender en esa Memoria los tres objetos que se propone esta Academia en sus tareas y constituyen su lema:

VERUM, JUSTUM, PULCHRUM.

*Verum:* Ha satisfecho á este objeto presentando algunas de las verdades de la ciencia económica de sentido comun, y por tanto ya sancionadas y reconocidas por la antigüedad.

*Justum:* El modo con que la Providencia, dejando obrar á la naturaleza, conduce á las sociedades humanas al cumplimiento de altísimos fines, derivados de la Justicia eterna, la cual obra siempre con energía y suavidad á la vez: *agit ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*

*Pulchrum:* Embelleciendo las áridas regiones de la ciencia económica con esquisitas noticias acerca de ella tomadas de los clásicos antiguos, cumpliendo el saludable consejo, que daba el Maestro de ellos, en las dos tan sencillas como elocuentes palabras: *Utile dulci.*

VICENTE DE LA FUENTE.



















36